


# LOU CARRIGAN

## SALUD, DINERO... Y DOLOR


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

# SALUD, DINERO... Y DOLOR

Colección LA HUELLA n.° 113
Publicación quincenal
Aparece los lunes




EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 46.671 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: enero, 1977



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

# CAPÍTULO PRIMERO

Era, ciertamente, una hermosa fiesta. El yate no era demasiado grande, pero tampoco los invitados eran muchos, de modo que podían gozar holgadamente de la cubierta de popa y de la pequeña toldilla, donde se servían bebidas.

Preferentemente, champaña. Champaña del más caro, naturalmente, pues para eso se trataba de una reunión de *gangsters* y gente que merecía llevar ese nombre aunque se les llamase juez, capitán o cosas parecidas.

Como en los viejos tiempos.

Los hombres iban muy elegantes con sus *smokings*, y las damas les aventajaban en elegancia y vistosidad, con sus espaldas desnudas, sus bonitos escotes, el intenso brillo de sus joyas… Se oían risas y tintinear de fino cristal. De cuando en cuando, por entre la música, un taponazo, que era subrayado por más risas y grititos de placer. Había que hacer un «esfuerzo» para divertirse, ahí estaba el detalle. Ya que estaban en un hermoso yate, con champaña, caviar, salmón y cosas de ese estilo, con buena música, bien servidos por dos criados imperturbables y perfectos en su oficio, y tenían joyas, y dinero, y de todo, había que aprovecharlo y hacer un «esfuerzo» tremendo para pasarlo bien.

En aquel momento, la atracción máxima de la fiesta en el yate eran dos muchachas extraordinariamente parecidas entre sí. Debían tener dieciocho o veinte años, eran rubias, bonitas y delicadas como flores, maravillosas, de grandes ojos brillantes, sonrisas angelicales…

Cierto: era una sorpresa encontrar dos criaturas así, a la vez, en este cochino mundo… Ésta era, al menos, la opinión de uno de los invitados.

Las dos chicas estaban bailando en la cubierta de popa, cada una de ellas con una copa de champaña en la mano. Lo que bailaban, lo mismo podía ser una conga, que un *twist*, una samba… o incluso un tango. Cualquiera sabía. Pero resultaba indiscutible que estaban teniendo un éxito tremendo entre los invitados, que reían de muy buena gana, por eso del «esfuerzo» para divertirse.

—Warren —dijo uno de los invitados—, eres un hombre afortunado.

Warren McManus, propietario del yate y anfitrión de la fiesta en éste, sonrió poco menos que emocionado.

—¿Por qué lo dices, Steve?

—¡Hombre, qué pregunta! ¿Por quién o por qué lo he de decir? ¡Por tus hijas, naturalmente! ¡Son encantadoras!

—Bueno… Eres muy amable, Steve —casi se mareó de orgullo Warren McManus—. Muy amable en verdad.

—Está diciendo solamente la verdad —apoyó otro de los invitados—. Son dos preciosos ángeles.

—¡El señor juez me ha ganado en amabilidad, Warren! —rió el llamado Steve—. ¡Debió ocurrírseme a mí eso de que son ángeles!

—Puedes pensar algo mejor para el próximo elogió —rió Warren McManus—. Todos serán bien recibidos.

Se echaron todos a reír. Había seis hombres en total, cuyas respectivas esposas, o algo así, estaban aplaudiendo ahora el final de la actuación de tan encantadoras jovencitas. Warren McManus se puso también a aplaudir, rabiosamente, y los hombres que estaban con él le imitaron. Las dos muchachas se volvieron hacia el grupo masculino y saludaron con graciosa comicidad, como si estuvieran interpretando un «*ballet*».

Luego, las dos se acercaron a la vez al grupo de hombres, caminando como muñequitas.

—Papá —dijo una de ellas—, se está terminando el champaña. ¿Qué hacemos?

—Sencillo: que Larry baje a buscar más. Pero, queriditas, me parece que para vosotras es suficiente por hoy. Además, tengo entendido que entre la juventud está de moda beber jugos… Jugos de cualquier cosa: tomate, pomelo, uvas… O refrescos.

—¡Oh, papá…! —protestaron las dos a la vez.

McManus alzó las manos, como defendiéndose de un ataque.

—Bueno, bueno, está bien… Por esta noche, bebed un poco más.

Las dos chicas lanzaron unos «deliciosos» chillidos, besaron a McManus y fueron en busca del sufrido Larry, que debería subir más champaña. La música seguía en plena marcha, y dos muchachos jóvenes se acercaron a las chicas, dispuestos a «mover el esqueleto».

—Debo admitir que tampoco vuestros chicos están mal —dijo Warren McManus.

Hubo risotadas, y palmadas en la espalda de McManus.

—Todavía podemos emparentar, Warren —rió el juez Forbes—. Y te aseguro que lo mismo me daría que mi chico escogiese a Lucy o a Susie.

—También a mí me daría lo mismo —aseguró Steve.

—Bien —otro de los presentes se frotó las manos—. ¿Qué tal si también nosotros bebemos algo, a fin de que nuestros gaznates estén convenientemente lubrificados para la conversación que tenemos pendiente, según deduzco?

—Buena idea.

McManus llamó por señas a uno de los camareros, que se acercó inmediatamente con una de las dos botellas que todavía quedaban en cubierta, mientras el otro bajaba al interior del yate en busca de más burbujas doradas.

El yate ni siquiera se movía sobre las tranquilas aguas, de amenazador tono negro de la noche. A menos de media milla estaba la playa de la pequeña y deliciosa bahía donde McManus había ordenado anclar el yate. En el cielo, la luna se mostraba en cuarto creciente, con su sonrisa entre condescendiente y tristona. Desde luego, no se podía estar más a gusto y satisfecho de la vida. Como se suele decir: «si has de ser ladrón, que sea por un millón, no por un centavo». Y puestos a ser *gangsters*, había que serlo de altos vuelos. Una actitud inteligente, sin duda.

Una vez bebieron un sorbo, los hombres volvieron a mirar hacia la cubierta de popa, donde Lucy y Susie bailaban alegremente con los dos muchachos.

—Eres rico, tienes una hermosa quinta, un yate, amigos… De todo, Warren. Pero lo que más te envidio son tus hijas. Es, sin duda de ninguna clase, lo mejor que tienes.

—Gracias, Randall —musitó McManus.

—Bueno —intervino Peterson—, no hay que olvidar a Carla… No se puede decir que tenerla a ella sea cosa de pobres.

Hubo algunas risas de malicia bien intencionadas.

—Por cierto —alzó las cejas Steve—, todavía no puedo creer que ella no esté a bordo, Warren. ¿Qué pasó?

—Se encontró indispuesta poco antes de salir. Estuve tentado de suspender la reunión, pero ya os había avisado, era demasiado tarde para comunicaros el cambio de planes…

—Esperamos que la bellísima Carla no tenga nada importante.

—Oh, no… Es decir, no lo creo. La dejé en la quinta, tranquila y bien atendida. La verdad es que insistí un poco para que viniera, pero comprendí que no era aconsejable.

—Lástima —suspiró Steve—. A todos nos encanta verla, Warren. Eres un hombre francamente envidiable: dos hijas estupendas y una… amiga espléndida, joven y bellísima… Pero ya la veremos en otra ocasión, hay que conformarse. Ahora, si no te importa, podríamos hablar de nuestro asunto. ¿Estás decidido a separarte de la DLS?

—Completamente decidido. La Delictual Limited Society ha dejado de interesarme, y…

—Falta que ellos sientan el mismo desinterés por ti —musitó Forbes.

—Entiendo tu sugerencia —admitió McManus—. Desde luego, no les gustará mi idea de disgregarme de la sociedad, pero cada uno tiene sus propios proyectos. Durante algunos años, he sido… hemos sido todos unos activísimos socios de la DLS, cada uno a nuestra manera. No vamos a engañarnos respecto a nuestra honradez: ninguno de nosotros escaparía de la cárcel si las cosas se supieran. Entonces, he pensado que, ya que somos delincuentes, lo seamos para nuestro propio y exclusivo provecho. ¿Por qué trabajar, o mentir, o dejarse sobornar en beneficio de la Sociedad Limitada Delictiva? ¿Por qué ser como… empleados que hacen el trabajo y cobran una miseria? Os diré algo: el año pasado, solamente con el asunto de los estupefacientes, la DLS ganó cinco millones y medio de dólares… No, no es broma, os lo aseguro.

Había brotado un murmullo del grupo de hombres que atendían las palabras de McManus. De nuevo todos se quedaron mirándolo, y Steve lanzó la pregunta clave:

—¿Realmente te consideras lo bastante fuerte para separarte de la DLS y enfrentarte a ella?

—Yo no pienso enfrentarme a nadie, Steve. Solamente quiero cuidar de mis intereses propios, no de los de la Sociedad. Yo voy a lo mío, a mis conveniencias. No quiero peleas… Pero si la quieren, la tendrán.

—Pero tú solo…

—¿Yo solo? —Frunció el ceño McManus—. ¿Por qué yo solo? ¿No estáis también vosotros? Podemos formar un bloque considerablemente fuerte para hacer comprender a la DLS, que no admitiremos ser molestados. Les dejaremos a ellos su parte del negocio, y nosotros nos ocuparemos de la parte que yo he estado dirigiendo hasta ahora. Sólo que, en lugar de entregarlo todo y cobrar el porcentaje que querían pagarme, me lo quedaré todo… Y no seré yo sólo quien saldrá beneficiado, sino también vosotros. El año pasado ganasteis algo más de ciento cincuenta mil dólares. Bien: yo os ofrezco un millón de dólares a cada uno… y cada año.

Hubo algunos respingos de sobresalto. Cukor agitó la mano como si se hubiera quemado, silbando por lo bajo.

—Un millón de dólares al año —relucieron los ojos del juez Forbes—. Es una cantidad… interesante, Warren.

—Eso creo yo. Y no habría que hacer nada más que lo que hemos estado haciendo hasta ahora.

—¿Tanto dinero nos ha estado estafando la DLS?

—¿Estafando? Bueno, yo no lo diría así… Diría que nosotros hemos estado trabajando como, una especie de empleados de la DLS, que opera exclusivamente en California. Unos empleados bien pagados, no voy a discutirlo, ahora. Pero me pregunto: ¿por qué ser empleado pudiendo ser el propietario?

Hubo un murmullo de asentimiento colectivo.

—Otro detalle que… ¿Qué ocurre, Karl?

Uno de los tripulantes se había colocado a un lado de McManus, haciendo señas para llamar la atención, cosa que no agradó a McManus, evidentemente.

—Tiene una llamada en la radio, señor —musitó Karl.

—¿En el radioteléfono?

—No, no… En la radio. Y aseguran que es importantísimo, que usted debe atender esa llamada sin excusas de ninguna clase.

—¿Quién es?

—No lo han dicho, señor.

—Bien. —McManus alzó las cejas, entre perplejo e irritado—. Vayamos todos allá. Atenderé esa llamada y luego continuaremos la conversación en el saloncito.

# CAPÍTULO II

—McManus atendiendo la llamada —gruñó ya ante la radio—. Diga quién es y qué desea. Cambio.

Los demás estaban con él, fumando, atentos a la respuesta, a la explicación de tan importante y urgente llamada. Y la respuesta fue claramente oída por todos:

—Atienda bien, Warren McManus: debe abandonar inmediatamente sus proyectos de segregación de la DLS. Sabemos que está en su yate, con algunos de los que hasta ahora han sido miembros leales a la Sociedad, intentando convencerles completamente para que se pasen a su propio bando privado. Es un error enorme McManus. Usted y todos los que están ahora con usted deben pensarlo mejor, recapacitar… La DLS, no admitirá su deserción, ni, por supuesto, la creación de su propia Sociedad. Disuelvan la reunión, sigan como hasta ahora, y nada ocurrirá. Si la respuesta a nuestro consejo es afirmativa, todo quedará olvidado, las cosas quedarán como antes. Pero si la respuesta es negativa, tendrán que atenerse a las consecuencias. Ésta es una amenaza en toda regla, caballeros. Tienen un minuto para darnos su respuesta. Cambio y espero.

—No tienen que molestarse en esperar ese minuto —dijo acremente McManus—. La respuesta es concreta y definitiva desde este momento, sin vacilaciones: NO. Eso es todo. Fuera.

Se apartó de la radio, encendió un cigarrillo y se quedó mirando a sus invitados, que, evidentemente, no estaban tranquilos.

—¿Estáis asustados? —sonrió.

—Bueno… Warren, la DLS es demasiado para nosotros. Esta amenaza…

—¿Qué otra cosa pueden hacer sino amenazar? Ellos tienen que

hacerlo, eso es todo.

—Parece que alguien les ha contado lo que íbamos a charlar en esta reunión, en tu yate.

—Así es. Parece… —El rostro de McManus se endureció—. Parece que tenemos un traidor entre nosotros, pero eso no cambia las cosas. La DLS se tenía que enterar, de todas formas, de lo que pretendemos. Lo único molesto es que se ha enterado antes de lo que a mí me hubiese gustado. Pero, repito, eso no cambia las cosas. Vamos al saloncito a charlar, a concretar nuestras futuras actividades independientes.

Todavía hubo una ligera vacilación, pero, finalmente, todos salieron de la pequeña cabina de radio, para seguir a McManus hasta el pequeño saloncito con un hermoso ventanal al mar. McManus opinó que había llegado la hora de hablar en serio, y por tanto, beberían buen *whisky*, dejando el champaña para las damas y los jovencitos. El mismo sirvió en seis vasos, y luego se sentó en un silloncito, mirando casi con ironía a los preocupados invitados. Empezó a hablarles de las indudables conveniencias económicas de delinquir por cuenta propia en lugar de hacerlo por cuenta de la DLS, les habló de los ingresos, del reparto de los beneficios, de…

Se calló de pronto.

—¿Qué es eso? —murmuró.

Todos estaban mirando hacia el ventanal lateral del yate. McManus se puso en pie, oyendo ya con toda claridad el potente zumbido de un par de lanchas, cada vez más cercanas. Miró por el ventanal y pudo verlas, acercándose al yate y separándose en aquel momento. Más que ver las lanchas, vio las colas de blanca espuma que iban dejando sobre el agua, brillando a la luz de la luna. Se acercaban muy velozmente, con gran potencia… Una de ellas se separó de la otra, por fin, alzando un bonito arco de espuma color de plata. Iba a rodear al yate, de modo que pasaría por el lado de babor, mientras que la primera seguía la marcha que la llevaría a estribor…

—¿Qué ocurre? —preguntó crispadamente el juez Forbes.

—No sé… Pero mucho me temo que no quieren esperar para…

De la primera lancha brotó un pequeño fogonazo. Y apenas un segundo más tarde el yate se estremeció fuertemente bajo el impacto de algo que estalló al rojo vivo. El bandazo fue fortísimo, y

todos salieron despedidos hacia la puerta del saloncito, rodando por el suelo, en montón.

Warren McManus fue el primero en ponerse en pie, lívido como un cadáver.

—Nos están disparando granadas —tartamudeó—. ¡Nos van a hundir!

Fue el primero en salir del saloncito, corriendo hacia las escalerillas que le llevarían a cubierta. Estaba a mitad de ellas cuando el yate volvió a estremecerse. Se sujetó con fuerza a la barandilla, y gracias a eso pudo sostenerse, mientras, tras él, los demás rodaban nuevamente, ahora por el pasillo… Arriba se oían gritos de pavor, y la primera de las mujeres aparecía en lo alto de la escalerilla cuando por babor aparecía la vía de agua.

—¡Arriba! —aulló McManus—. ¡Hay que abandonar el yate, va a hundirse de un momento a otro…!

Otro estampido, otra llamarada roja, un nuevo y fortísimo bandazo… La vía de agua se hizo más grande, casi el décuplo. Las mujeres regresaron a cubierta, seguidas de Warren McManus y los demás, que se golpeaban para ser los primeros en salir del interior del yate, que se estaba llenando de agua con una rapidez aterradora.

Cuando McManus apareció en la cubierta, el yate se ladeaba nuevamente, y todos resbalaron hacia estribor, cayendo, rodando hacia la borda… Seguía oyéndose la música, y algunas botellas de champaña rodaban por la cubierta, junto a destrozadas copas de fino cristal.

McManus se golpeó de cabeza contra el casco, bajo la borda, y estuvo dos o tres segundos completamente desorientado, como si no estuviera allí o fuese incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo…

—¡Papá! —Oyó la crispada voz—. ¡Papá, ayúdanos…!

Alzó la cabeza y vio a sus hijas y a la esposa del juez Forbes intentando por todos los medios mantenerse en pie junto a la borda, seguramente dispuestas a saltar al agua en el momento conveniente. Se oían gritos de las mujeres y de los hombres… El zumbido de los motores de las lanchas, ahora tan cercanas, no podía con los gritos de miedo, no era suficiente para ahogarlos.

—¡Lucy! —aulló McManus—. ¡Lucy, Susie, no…! ¡Agachaos…!

¡Agachaos, van a disp…!

La segunda lancha, tras rodear completamente el yate después de lanzar sus dos granadas por babor, aparecía en aquel momento, navegando a toda velocidad, a menos de sesenta pies. De su borda brotaron tres chorros de fuego sincopado, y el sonido fue inconfundible para Warren McManus, el clásico «ta-ca-ta-ca-tac» de las metralletas.

Horrorizado, miró hacia sus hijas, a tiempo de verlas saltar hacia atrás, como arrancadas de junto a la boda por un ciclón invencible. Oyó sus gritos, sus lamentos, sus llantos… Llegaron abrazadas casi hasta la otra borda, y luego, abrazadas, rodando, volvieron hacia la parte más hundida en el agua del escorado yate.

Gritando como una bestia herida, Warren McManus se desplazó hacia donde habían quedado sus hijas. Junto a ellas con el pecho lleno de sangre y los ojos terriblemente abiertos, estaba la esposa del juez. Pero McManus sólo veía a sus hijas, aún más ensangrentadas que la señora Forbes. Sus dulces, juveniles pechos, estaban completamente bañados en sangre.

—Hijas… hijas mías…

Lucy estaba también con los ojos muy abiertos, fijos, como bruscamente cristalizados. Susie alzó una manita y la crispó en una solapa de su padre, intentando alzar la cabeza.

—Papá, ¿qué… qué pasa…? —gimió.

Y eso fue todo. Su mano quedó prendida en la solapa del impecable *smoking* de su padre, y sus ojos, como los de su hermana, quedaron fijos en el mar y en el cielo… Para siempre.

Warren McManus lanzó un aullido espantoso y se puso en pie, alzando ambos puños hacia donde creía que estaban las lanchas. Comenzó a chillar frenéticamente justo en el momento en que la primera, en su segunda pasada, también lanzaba varios chorros de balas hacia el yate. Oyó los gritos de sus invitados, notó salpicaduras de sangre… Parecía un loco en medio de aquel diluvio de plomo…

Un segundo más tarde se producía otra explosión en el yate, que se hundió rápidamente, de lado; luego salió de proa, volvió a hundirse…

Y ya no reapareció.

## CAPÍTULO III

Sam Terrell, inspector-jefe de la Delegación del FBI en Los Ángeles, California, alzó vivamente la cabeza cuando la puerta de su despacho se abrió impetuosamente. Frunció el ceño y se quedó mirando con cierta acritud al pelirrojo agente especial del FBI.

—Propondré que en la Academia os enseñen modales, Stan —gruñó.

—Lo lamento, señor. Mmmm… No adivinaría usted quién acaba de llegar en un barco procedente de México.

—Oh, sí, es cierto… Tú y Alex estabais de servicio allá… Supongo que habrá un motivo importante para que hayas abandonado tu puesto. Esas drogas tienen que llegar por algún sitio, y…

—Warren McManus.

—¿Qué? —exclamó Terrell.

—Digo, señor, que en ese barco ha llegado Warren McManus.

Terrell entornó los ojos.

—Supongo que no es una broma… ¿Estás seguro de que es él?

—Segurísimo, señor. Algo más delgado, pero parece más fuerte. Está muy bronceado, muy saludable. Si me equivoco, puede usted destinarme a fregar los pasillos de la Delegación: Warren McManus.

—Pero Warren McManus murió hace cuatro meses —musitó el inspector—. Fue asesinado junto con varias personas más, en White Little Bay, hacia el Sur… ¿No recuerdas?

—Recuerdo perfectamente lo que se dijo cuando se encontraron los restos del yate en las transparentes aguas de la bahía, y se encontraron varios cadáveres. Los expertos indicaron que, sin lugar a dudas, el yate de McManus había sido… cañoneado, se veían impactos de muchas balas en el casco y la borda, y la mayor parte

de los cadáveres estaban acribillados. Para nosotros fue evidente que la DLS había actuado bestialmente, por motivos que todavía no conocemos. Sin embargo, pensamos que McManus quizá había exigido demasiado, o había querido volar muy alto con sus propias alas. Fue una matanza espantosa, al estilo de los viejos tiempos del *gangsterismo*. Pero el cadáver de Warren McManus no apareció, y nosotros supimos posteriormente que él había estado en ese yate.

—Tampoco aparecieron los cadáveres de un par de personas más.

—Cierto. Pero a esas personas yo no las he visto hoy, y a Warren McManus, sí le he visto.

—Bien… Es evidente que, como fuese, logró salvar su vida…

—McManus es un hombre fuerte, señor; un atleta. Y a los cuarenta y cinco años todavía se está en condiciones de realizar proezas físicas, si la vida está en juego.

—Sí… Desde luego, Stan. Bien… Warren McManus está vivo y ha regresado a Los Ángeles procedente de México. ¿Por qué ha vuelto…? ¿Quizá quiere que la DLS termine lo que empezó hace cuatro meses?

—Yo más bien creo todo lo contrario.

—¿Lo contrario, Stan?

—¿Recuerda a las hijas de McManus, señor? Yo las vi varias veces con él… Las lucía de sus brazos como quien lleva dos magníficas joyas. Y le aseguro que lo eran. Los cadáveres de las dos chicas sí fueron encontrados en el yate. Aunque no habíamos podido probarlo nunca, sabíamos que McManus era un canalla completo, bajo las órdenes de esa maldita Delictual Limited Society, que hace casi dos años nos lleva de cabeza. Hemos cortado algunos de sus tentáculos, hemos atrapado a distribuidores de drogas, a…

—Conozco la historia —gruñó Terrell—. ¿Estás insinuando que Warren McManus ha vuelto para vengarse…?

—McManus era un canalla completo, señor. Pero todo el mundo sabe lo que quería a sus hijas. No había nada en el mundo que él prefiriese a sus hijas.

—Al parecer, tenía cierta fibra humana —murmuró Terrell—. Bueno, es posible que tengas razón, Stan. Supongamos que así es… ¿Qué podría hacer Warren McManus para vengarse de la DLS?

—No sé.

—Ni yo tampoco. Nada menos que el FBI vamos detrás de la DLS desde hace dos años, y no hemos conseguido más que ocasionarle pequeños perjuicios… ¿Qué puede conseguir un hombre sólo contra esa sociedad del delito múltiple?

—Verdaderamente, parece descabellado —refunfuñó Stan.

—Lo parece.

—Sin embargo, señor, un hombre no vuelve a colocarse al alcance de su enemigo sólo para concederle una oportunidad más para que lo maten. Al contrario… Bueno, quiero decir que si yo me acercase a un enemigo que ya ha intentado matarme, no sería para concederle otra oportunidad, sino para atacar yo.

—Sentencia de lógica aplastante —frunció de nuevo el ceño el inspector—. ¿Dónde está ahora Warren McManus?

Stan sacó su pequeña radio de bolsillo, la mostró a Terrell, y éste asintió con la cabeza. Entonces, el *G-man* accionó el pequeño radiorreceptor.

—¿Alex?

—Hola, Stanley —brotó la voz del aparato.

—Estoy con el jefe. ¿Qué ha hecho hasta ahora McManus?

—Ha subido a un «Lincoln» tremendo que, al parecer, le estaba esperando ya fuera de la zona de los muelles. Hay dos hombres con él en ese coche. Han subido por Harbor Freeway, para desviarse luego por San Diego Freeway…, hacia el Norte, claro. Lo mismo puede ir a Culver City que a Santa Mónica.

—No los pierdas de vista. ¿Qué clase de tipos te han parecido esos dos que le estaban esperando?

—Son desconocidos para nosotros, me parece. Altos, fuertes, con cara de pocos amigos…

—¿Guardaespaldas?

—Cien contra uno a que sí, Stan.

—Continúa tras ellos. Yo seguiré charlando con el jefe, y ya volveré a llamarte.

—*Okay*.

—Hasta luego, Alex.

Stan se guardó la radio y se quedó mirando a Terrell, que parecía muy pensativo, incluso preocupado. Por fin, el inspector dijo:

—Es la hora de tomar un café. Esperaremos a que Alex nos diga dónde para Warren McManus.

* * *

Alex llamó casi una hora más tarde.

—Stan, ¿por qué no me llamas? —inquirió.

—Esperábamos que tú pasases el informe. ¿Se ha detenido McManus, por fin?

—En una bonita villa de las afueras de Santa Mónica, por encima del Will Rogers State Park. ¿Quieres la dirección exacta? Pues es el número mil doscientos cincuenta y siete de State Park Avenue. Y otra cosa, Stan: hay dos o tres hombres más en esa casa, en esa villa.

—¿Quieres decir que ya son cuatro o cinco los hombres que hay con Warren McManus?

—Exactamente. Todos de la misma catadura: tipos duros.

—Entiendo… El jefe me está haciendo señas de que vamos para allá, Alex, de modo que espéranos, sin perder de vista esa villa.

—*Okay*.

De nuevo se guardó Stan la radio, y se quedó mirando a su jefe, que parecía aún más preocupado que antes.

—Está preparando algo —susurró Terrell—. No puede ser de otro modo, Stan. McManus está preparando algo. Y me parece que no sería mala idea interesarnos en el asunto.

—¿Voy a buscar el «equipo chivato», señor?

—Sí… Te espero en un coche, afuera.

* * *

El coche se detuvo detrás del que ocupaba Alex, el cual, por el momento, se dedicaba a mirar con unos prismáticos hacia la villa. La señaló cuando Terrell y Stan entraron en el auto, al asiento de atrás.

—Ésa es, señor. Nadie ha salido ni nadie más ha entrado. Vea el «Lincoln», en un lado del jardín. No lo han metido en el garaje, de modo que creo que piensan volver a utilizarlo pronto.

Sam Terrell estuvo examinando la villa durante medio minutos: grande, blanca, espaciosa, con un hermoso jardín con pinos y

mimosas y flores… La casa quedaba muy discretamente semioculta por los árboles y plantas, al fondo del sendero de tierra prensada.

—Os encargaréis de vigilarlo estrechamente. Stan, tú vas a cuidarte de lanzarles el micrófono… Lanza dos o tres, pero con cuidado. Es mejor perder algunas palabras que espantar la caza. ¿Lo tienes todo preparado?

Stan abrió un portafolios bastante abultado y sacó una gran pistola extraña, de enorme tubo, que parecía de aluminio. También sacó un receptor-grabador, y tres micrófonos, colocados en la cabeza de sendos afilados dardos. No dijo nada, y Terrell asintió con la cabeza.

—Olvidad todos los demás asuntos —musitó—. Quiero saber en todo momento qué es lo que hace Warren McManus, a quién llama por teléfono o quién le llama, o quién le visita, adónde va él… Todo. Os dejaré el coche y tomaré un taxi, a fin de que dispongáis de un vehículo cada uno por si tenéis que separaros. Puedes ir ya a lanzar los micrófonos, Stan. Yo regreso a la Delegación… Y espero noticias interesantes… No me defraudéis, muchachos.

# CAPÍTULO IV

Hacia las cuatro de la tarde, Stan apareció, ahora con mejores modales, en el despacho de su jefe, que aprobó con la cabeza, mirándolo expectante.

—¿Novedades?

El agente especial fue a la mesa auxiliar donde Terrell tenía diversos aparatos. Sacó una tira de cinta magnetofónica, la colocó en dos carretes, quitó la que había en el magnetófono y puso la que él había traído. Luego, accionó el aparato.

Unos segundos de silencio. Luego, un sonido inconfundible: el girar de un disco telefónico. De nuevo un silencio. Y otra vez el sonido del disco de un teléfono, girando…

Stan detuvo el aparato y sacó un papel del bolsillo.

—El número que marcó es el BHW ochenta y siete veintinueve, señor.

—Averigua inmediatamente a quién…

—A él mismo. Es el número de la quinta que Warren McManus tiene… o tenía en Beverly Hills, señor.

—¿Ha llamado a su propia quinta? Espera…

—Exacto, señor —sonrió secamente el *G-man* —. La amiguita de McManus quedó viviendo allí. No pudo ser molestada.

—Carla Bonetti —susurró Terrell—. Está llamando a su amiga.

—Sin duda. Pero es evidente que ella no está en la quinta… No estaba cuando él ha llamado, al menos. De todos modos, no cabe duda de que McManus insistirá. Ha vuelto, y debe querer recuperar todo lo suyo.

—Bueno… Parece todo muy razonable y normal. Incluso las

precauciones que está tomando. McManus debe saber que la DLS no se conformará con su… resurrección. Todo normal, ¿no es así?

—Hay otra llamada, señor. Y esta vez sí contestaron. Escuche…

De nuevo el aparato en marcha. Sonido del disco telefónico al girar. Unos segundos de espera. Luego, se oyó la voz de Warren McManus, pero no la de su interlocutor.

Habla McManus:

—¿Charlie Sinclair?

—…

—No perderá mucho tiempo conmigo, se lo aseguro.

—…

—De acuerdo, iré directo al grano: ¿quiere ganar cien mil dólares?

—…

—No se trata de matar a nadie. Únicamente de trabajar en lo suyo, Sinclair. No estoy bromeando, tampoco. Atienda bien, porque no voy a repetirlo: cien mil dólares por hacer su trabajo bajo mis indicaciones. No creo que le lleve más de dos o tres semanas. Sólo tiene que decir si acepta o no.

—…

—Magnífico. Pasarán a buscarlo a las siete.

—…

—¿Mala hora? Bien, la cosa no es tan urgente que no me permita esperar unas horas o un día más. ¿Cuándo?

—…

—Oh… Espléndida. A las nueve mejor que a las siete… A esa hora pasarán a recogerlo. Esté preparado para pasar… pongamos un mes fuera de su domicilio. Eso es todo, Sinclair.

Se oyó el característico sonido de un auricular al ser colgado, y Stan detuvo de nuevo el magnetófono.

—De momento no hay más llamadas, señor. Alex quedó allí, vigilando y cuidando del receptor-grabador.

—Bien. En cuanto a ese Charlie Sinclair que ha hablado con McManus, habrá que localizarlo para…

—Charles Thomas Sinclair… —sonrió Stan—. Vive en Alhambra, doscientos ochenta y dos, San Jacinto Boulevard, cerca de la Misión de San Gabriel. Es un novelista.

—¿Un qué…? —Se pasmó Terrell.

—Un novelista, señor. Ya sabe: uno de esos chiflados que se inventan cosas raras. Concretamente, Charlie Sinclair, nombre que utiliza en sus libros, es especialista en novelas de aventuras, preferentemente policíacos y espionaje. No he leído nada de él, pero parece que no le van mal las cosas. Ni demasiado bien.

—Buen trabajo, Stan… Espléndido en verdad. —Terrell quedó pensativo, de pronto, más bien perplejo—. No lo entiendo… ¿Para qué puede querer un tipo de la calaña de McManus a un novelista?

—Ni idea, señor. He pensado que quizá el novelista sea también un pájaro de cuidado.

—Es posible, desde luego. Oye…, ¿acaso hay algo contra él?

—En absoluto.

Terrell se rascó la coronilla, cada vez más intrigado.

—Vaya, demonios… No entiendo esto… ¿Has dicho que vive en el doscientos ochenta y dos de San Jacinto Boulevard?

# CAPÍTULO V

Era una casita pequeña, pero simpática, con un diminuto jardín frontal protegido por una valla blanca. Delante del jardín se veía un viejo modelo «Ford» deportivo, lleno de polvo, peor cuidado que un par de zapatos viejos. Había flores en las ventanas, resaltando contra las verdes persianas casi completamente cerradas. Al verlas así, Stan pareció recordar que hacía mucho calor, y se pasó un dedo por el cuello de la camisa, disgustado.

Cuando entraron en el jardín, y apenas recorridas cuatro yardas, vio la piscina, a la derecha. Una piscina cuya pequeñez casi resultaba ridícula, pero que, ciertamente, habría aliviado muy bien el calor del agente. El inspector lo soportaba mejor, imperturbable.

Fue Stan quien tocó el timbre de la puerta. Dentro se oyó un bonito *ding-dooonnggg*, y pocos segundos después la puerta fue abierta por una muchacha que dejó sin habla al *G-man*. Cabellos rubios, cortitos, y ojos dorados; una boquita sonrosada, redonda, llena, fresca; un cuello esbeltísimo; frente despejada, mirada inteligente, sonrisa amable… Llevaba unos *shorts* blancos y un jersey escotadísimo y de manga corta, a finísimas rayas de todos los colores del arco iris. Iba descalza. Hacía falta ser poco menos que retrasado mental para no enamorarse de aquella maravilla.

—¿Sí? —sonrió ella.

Stan notó como una coz en el corazón, y se quedó sin aliento. Terrell lo miró de reojo, sonrió, y dijo:

—Quisiéramos ver al señor Sinclair, señorita.

—¿Los citó él?

—No.

—Entonces… Bueno, lo lamento, pero temo que no podrá

recibirlos ahora. Tiene que entregar un trabajo a las siete, y estamos trabajando muy intensamente.

—¿Usted también?

—Soy su secretaria. Les ruego que me perdonen, pero Charlie se írrita si le interrumpen, y… —La preciosa muchacha se quedó mirando, con leve parpadeo, la placa y credencial de Terrell—. Oh… Bueno… ¿Pueden esperar unos segundos?

—Desde luego —guardó Sam Terrell su estuche de piel.

La muchacha desapareció dentro de la casa. Reapareció medio minuto más tarde, y con una seña hizo comprender a los federales que podían entrar. Cruzaron el pequeño vestíbulo, un corto pasillo… y desembocaron en una habitación que, sin duda, debía ser la más grande la casa. Había dos enormes estanterías llenas de libros ocupando dos paños de pared. En otro, se veían armas diversas, desde una cerbatana hasta un viejo bazooka oxidado. La cuarta pared, en la cual estaba el gran ventanal que permitía ver la piscina, estaba llena de mapas de ciudades y continentes, estos últimos con rayas rojas señalando líneas aéreas de diversas compañías internacionales, y rayas blancas sobre el tono azul de los mares, indicando las líneas marítimas más usuales.

Junto al ventanal, un tipo de más de seis pies, ancho de hombros, tostado por el sol. Un auténtico atleta de revueltos cabellos, mirada penetrante… y frondosísima barba cubriendo la mitad inferior de su rostro.

—Yo soy Sinclair —dijo—. ¿Qué desean?

—Terrell y Wallon, del FBI —dijo el primero.

—Ya sé, ya sé —un destello irónico, pasó por sus ojos—. ¿No les ha gustado mi última novela? A mí tampoco, pero los contratos aprietan de firme… De todos modos, no creo que vayan a detenerme por eso, por una novela mala. Las tengo muy buenas.

—Sin duda —sonrió Terrell—. ¿Usted se dedica sólo a escribir, señor Sinclair?

—¿Conoce algo mejor?

—Bueno… Quizá un trabajo por el cual le puedan pagar cien mil dólares, por ejemplo.

El ceño de Charlie Sinclair se frunció. Se dio unos tironcitos de la barba. Luego fue al mueble-bar, sacó una botella, y cuando tras ofrecerla hacia los federales éstos negaron con la cabeza, se sirvió

un trago, que paladeó lentamente, disfrutándolo en verdad.

—¿Me he metido en un lío? —preguntó de pronto.

—Por ahora, no —volvió a sonreír Terrell.

—Menos mal… Me fastidia dejar las novelas sin terminar… ¿Sabe una cosa que me preocupa, señor Terrell?

—¿Qué cosa?

—Morir dejando media novela escrita.

—Lo comprendo. ¿Qué me dices de esos cien mil dólares, señor Sinclair?

—Que me gustaría ganarlos. ¿A usted no?

—También —sonrió de nuevo Terrell—. Dudo que haya alguien que no quiera ganar cien mil dólares… en un trabajo honrado.

—Mire… Yo soy un poco… raro. Pienso demasiado, y, a veces, hasta resulto un poco extravagante, e incluso… desagradable, por mi mordacidad. Pero jamás en mi vida me he metido en un lío deshonesto, señor Terrell.

—Magnifico. ¿Ha oído alguna vez el nombre de Warren McManus?

—Oh, sí, desde luego. Hace unos meses le dieron el «pasaporte», creo.

—Warren McManus es el hombre que le ha ofrecido esta mañana cien mil dólares por un trabajo… honrado, señor Sinclair.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Bien… De modo que está vivo… ¿Cómo saben ustedes lo de los cien mil dólares?

Terrell sonrió de nuevo.

—Oh, vamos, señor Sinclair… Un novelista de buena imaginación no hace esas preguntas.

—Cierto… —sonrió Sinclair—. Ha sido una pregunta de lo más tonto. Mis personajes de espionaje usan tantos trucos que a mí me resulta fácil admitir cualquiera de ellos por parte del FBI. Perdonen mi tontería, pero es que estoy un poco distraído con el final de una novela que tengo que entregar a las siete… Un final difícil, créanme, ya que después de que… ¡Ya lo tengo! ¡Ophelia, ya lo tengo!

La hermosísima muchacha se apresuró a sentarse ante una máquina de escribir, fijos sus ojos en el novelista, que bebió otro

trago y apuntó a su secretaria.

—Vamos a ver… Sí… Esto es… «Bien, Raymond —dijo Oscar Yopanka—, parece que todo ha quedado solucionado». «Gracias a ti, Oscar —admitió Raymond—. Has sido un valioso colaborador, que has eliminado los obstáculos más difíciles de mi camino. Te estoy agradecido, pero… tengo que matarte…».

Ophelia se quedó mirando atónita a Sinclair.

—¿Raymond va a matar a su compañero Oscar Yopanka, Charlie?

—Así es.

—Pero ¡es su amigo, ha sido fiel a la CIA, le ha ayudado! ¡Es absurdo que ahora «matemos» a Oscar Yopanka!

—Nada de absurdos… Oscar es un asesino frío e imperturbable. Cierto que es fiel a la CIA, y que es un buen amigo de Raymond. Pero Raymond sabe que Oscar mata sin razonar, hasta el punto de que, al recibir una orden alterada por sus enemigos, estaba dispuesto a matar a Lamartine, que es tan fiel como él mismo a la CIA. Raymond comprende que un hombre como Oscar es un peligro constante para todos. Es fiel, valiente, obediente… Pero no piensa. Es como un robot, que en determinado momento incluso podría matar al propio Raymond, si recibiese otra orden falsa.

—Bueno… No sé…

—Sí, sí. Vamos a matar a Oscar Yopanka. Ésa es la idea… A ver cómo «lo matas» mientras acabo de atender al FBI —se volvió hacia Terrell, frunció el ceño—: ¿No creen que Oscar debe morir?

—Dejaremos que usted se encargue de eso, señor Sinclair… ¿Había tenido tratos con McManus antes de hoy?

—Nunca.

—Entonces, ¿por qué él le ha llamado?

—Pregúnteselo a él, no a mí.

—¿Qué clase de trabajo es el que usted tiene que hacer, y que él valora en cien mil dólares?

—No lo sé. ¿Debo rechazarlo?

Stan se acercó a Terrell, y musitó unas palabras en sus oídos; los ojos del inspector se abrieron mucho, y quedaron fijos en Charlie Sinclair. Comenzó a asentir con la cabeza, entusiasmado. Estuvieron todavía de cuchicheo casi medio minuto, mientras Ophelia y Sinclair los miraban con excitada curiosidad.

Por fin, los federales se separaron, y Terrell preguntó:

—¿Le ha visto McManus alguna vez, señor Sinclair?

—¿A mí? Pues no sé… Que yo sepa, no. Pero en algunos de mis libros ha aparecido fotografía, claro…

—¿Con barba?

—¿Con…? ¡Desde luego!

—¿Qué tal le parecería afeitársela?

Charlie Sinclair palideció intensamente.

—¿Afeitarme la barba? —exclamó—. ¡Ni hablar! ¡Ni hablar de eso, señor Terrell! ¡Ni lo sueñe! Si quieren meterme en la cárcel por algo, pues muy bien, pero a mí no me afeita nadie la barba.

—Señor Sinclair, ¿está seguro de que no tiene nada que ver con Warren McManus, de que nunca antes hizo ningún trabajo para él, de que no tiene usted nada que ocultarnos, de que es completamente honrado y que no sabe lo que McManus quiere de usted?

—Por supuesto. Estoy segurísimo.

—¿Me permite ver esa fotografía de usted que ha aparecido en sus libros?

Sinclair fue a uno de los estantes y sacó de allí una novela que tendió al inspector. Stan Walton se apresuró a mirarla al mismo tiempo que su jefe, y ambos se miraron, satisfechos. Luego, los dos se quedaron mirando al intrigado novelista.

—Le vamos a proponer un trato, señor Sinclair.

—¿Qué clase de trato?

—Uno muy bueno. Y no se preocupe: podrá usted terminar su novela, matando al pobre Oscar, y entregándola a las siete. Después de eso…

# CAPÍTULO VI

A las nueve en punto de la noche, un imponente «Lincoln» se detenía delante de la casita de Charlie Sinclair. Dos hombres se apearon, cruzaron el pequeño jardín y llamaron a la puerta.

A los pocos segundos, ésta fue abierta por la preciosa muchacha rubia, que sonrió amablemente.

—¿Digan?

Los dos tipos la miraron de arriba abajo. Ahora, Ophelia iba vestida de calle, pero a efectos de impacto daba lo mismo.

—Venimos a buscar al señor Sinclair —dijo uno de ellos—. Nos está esperando.

—Pasen.

Entraron los dos en la casa, y Ophelia los condujo al despacho lleno de libros y mapas. Les señaló el sofá.

—Un momento, por favor.

Salió del despacho y fue al dormitorio del novelista. Entró y se quedó mirando al moreno y atlético individuo de seis pies cumplidos y rostro completamente rasurado. En masculino, también aquel hombre resultaba impresionante.

—Ya están ahí —musitó Ophelia.

—Muy bien —sonrió él—. No les hagamos esperar, encanto.

Cogió la maleta con una mano, se dirigió hacia la puerta y, al pasar junto a la muchacha, la abrazó por la cintura, sonriendo.

—Quíteme las manos de encima —masculló ella.

—Sssst… Una secretaria debe ser más amable con su jefe, preciosa. Lo contrario sería sospechoso, ¿no le parece?

—Si no deja de abrazarme…

El atleta bronceado no sólo no dejó de abrazarla, sino que lo hizo más fuertemente, obligándola a salir del dormitorio. La

sujetaba con tal férrea potencia que, para soltarse, Ophelia habría tenido que recurrir por lo menos al «judo». Y así, abrazándola por la cintura, aparecieron en la puerta del despacho, momento en que la preciosa rubia dejó de forcejear y forzó una sonrisa.

—Caballeros —se presentó el atleta bronceado—, yo soy Charlie Sinclair. Nos vamos cuando gusten.

Los dos hombres se habían puesto rápidamente en pie, y miraban con torva expresión al novelista.

—Usted no es Charlie Sinclair —dijo uno de ellos.

—¿No? ¿Quién soy, entonces? ¿Rock Hudson?

—La barba —musitó el otro—. Se ha afeitado la barba, Barrows.

—Oh, sí, mi barba —sonrió el novelista—. Bueno, hace como un mes que me le afeité. En verano no es divertido tener la cara llena de pelos. ¿Les gustaba más con barba? Pues volveré a dejármela… Todo sea por esos fantásticos cien mil dólares.

El llamado Barrows había sacado un libro «pocket» y ahora los dos hombres estaban mirando, en la solapa de la portada, la fotografía del barbudo Charlie Sinclair. Éste señaló el libro, comentando:

—Observo que tienen buen gusto para elegir libros, caballeros. Ése lo escribí yo… *La muerte es barata en Asia*. Una de mis mejores novelas —dio un apretón suave a la estupenda cintura de la rubia bellísima—. ¿No es cierto, Ophelia?

—Sí… Si, Charlie. Una de las mejores.

Los dos hombres dejaron de mirar el libro. Barrows lo guardó de nuevo en un bolsillo y señaló hacia el exterior.

—Tenemos el coche afuera.

—Les seguiremos en el mío, y así…

—No va a necesitar su coche, Sinclair. Mientras dure el trabajo que va a hacer, no necesitará nada.

—¿Ni siquiera mis útiles de trabajo?

—Recoja su máquina y vámonos.

—¿Mi máquina? Oh, bueno, la verdad es que trabajo de un modo algo más complejo, caballeros. Si no hay inconveniente, me llevaré esos dos magnetófonos, dos máquinas de escribir y algunos libros… Me permití colocarlo todo en esa maleta… ¿Serán tan amables de ayudarme a llevarla al coche? Otra cosa: ¿el papel lo pongo yo o ustedes? No es por el precio, claro, pero…

—No le faltará de nada, Sinclair. —Barrows cargó con la maleta y soltó un reniego—. En marcha.

Salieron del despacho. En el vestíbulo, el novelista señaló otra maleta que se veía en un rincón.

—Ésa también.

—No va a necesitar tanta ropa —gruñó Fabesham.

—Y menos de la que hay ahí dentro —sonrió el novelista—. La maleta es de Ophelia.

—¿De su secretaria?

—Pues sí —apretó de nuevo la fina cintura femenina.

—Ella no viene, Sinclair.

—¿No? En tal caso buenas noches, caballeros. Ha sido un placer haberlos conocido.

—Un momento —gruñó Fabesham—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Que si no viene Ophelia, no voy yo. Es simple.

—El contrato es para usted. No va a necesitar a la chica…

—Eso es cuenta mía, ¿no? Le diré algo: si yo me pongo a escribir a máquina directamente, el trabajo nos llevaría varios meses. Lo cual no me importaría si me pagasen todos esos meses a cien mil dólares. En cambio, si llevo a Ophelia, ustedes van a asombrarse viendo cómo ella saca páginas y páginas de la máquina. Aparte, me he acostumbrado a ella. Y sobre todo —se inclinó y la besó en un ojo—. Y, sobre todo, me gusta. Y yo a ella. ¿Verdad, Ophelia?

—Usted es un chiflado —gruñó Fabesham.

—Que venga la chica —refunfuñó Barrows—. Ya veremos cómo se arregla luego la cosa.

Barrows y Fabesham estaban disgustados, pero no lo parecían tanto como la propia Ophelia, que había enrojecido de rabia al recibir el beso del novelista.

Salieron de la casa, cargaron las maletas en el coche, y la muchacha y el novelista pasaron al asiento de atrás. Sinclair abrazó ahora a la muchacha con ambos brazos y la besó en la boca como si pretendiera asfixiarla. A la linda Ophelia le costó no poco esfuerzo conseguir apartarse del atlético individuo, jadeando de rabia… y por la falta de aire de sus pulmones.

—No te preocupes —sonrió Sinclair, besándola ahora rápidamente en la entreabierta boquita—. No conseguirán

separarnos. ¿Querías decir algo, querida?

Fabesham se había vuelto hacia ellos, sonriendo con ironía, fija su mirada en Ophelia, que sonrió como si le doliesen las tripas.

—No… No, querido —murmuró—. No iba a decir nada.

—Magnífico —él la abrazó, apoyándola contra su pecho y acariciando la graciosa barbilla de Ophelia—. Tranquila. Tu Charlie va a ganar cien mil dólares, y entonces… ¡Ya verás la de cosas divertidas que vamos a hacer!

## CAPÍTULO VII

—No parece usted el mismo —murmuró Warren McManus.

Estaba sentado en un sillón del espacioso *living*, mirando fijamente al novelista. En el sofá, se veían tres hombres más. Fabesham y Barrows estaban todavía en la puerta. Ophelia estaba junto a Sinclair, sujeta por una manita, que desaparecía en la manaza del novelista.

—Usted sí, McManus.

—¿Cómo dice? —Se crispó la voz de Warren.

—Digo que usted sí parece el mismo. Aunque también ha cambiado un poco. Parece más delgado, más fuerte… Y le sienta mejor el bronceado solar que la palidez de sus negocios, siempre encerrado en despachos misteriosos, clubs nocturnos… Ha cambiado un poco, pero es el mismo.

—Su vista es demasiado aguda, Sinclair.

—Y mi memoria muy buena. De donde deduzco que debo estar hablando con un fantasma… ¿O no?

—¿Usted qué cree?

—Soy un hombre quizá no demasiado inteligente, pero muy adicto a la lógica, McManus. Si usted está aquí es que los periodistas no sabían muy bien lo que decían al asegurar que Warren McManus había muerto. Recuerdo bien su fotografía en los periódicos. Una fotografía más bien mala… Quizá como la de mis libros. ¿Quiere ver otras, quizá?

—¿Qué clase de fotografías?

—Las que le probarían que, aunque esté un poco más delgado y sin barba, soy Charles Thomas Sinclair. Aparte, naturalmente, puedo enseñarle cuantos documentos precise para su seguridad.

—Veamos esas fotos y esos documentos.

Sinclair abrió una de las maletas, sacó algunos libros y un par de revistas. Abrió las dos por determinadas páginas y las tendió a McManus, que miró de una a otra fotografía de los dos ejemplares de la revista *Pocket Book Autors*. En ambas estaba Sinclair, acompañado, según la explicación del pie, por su secretaria, la señorita Ophelia Gold. En una de ellas, firmando un contrato con un editor. En la otra, estaban solos él y su secretaria, en pleno trabajo ambos; la fotografía era una ilustración de un artículo sobre «Charlie Sinclair, su espionaje y su secretaria, la bella Ophelia». Por supuesto, en ambas fotografías el novelista se veía con una barba frondosa, tupida, sensacional, y los cabellos largos, desgreñados…

—Está mejor sin barba —comentó humorísticamente McManus—. Se le ve distinto, más joven… ¿No lo cree, señorita Gold?

—Ah… —sonrió Sinclair—. Observo que Ophelia es más fácil de identificar que yo… Claro: ella no se ha afeitado la barba. Esto… Oh, bueno, claro, porque no tiene…

—¿Y eso otro? —sonrió McManus, secamente.

—Mi permiso de conducir. Ah, formidable; cuando fui a renovarlo hace un par de semanas, ya no llevaba barba, de modo que ahí puede compararme mejor.

McManus examinó la licencia de conducir. En efecto, allá estaba el novelista sin barba, y ya no se podía dudar más. La fotografía del novelista Charles Thomas Sinclair, sin barba, era idéntica al rostro del hombre que tenía delante.

—De acuerdo, Sinclair. En realidad no hacía falta tanta desconfianza por mi parte, ya que sólo usted sabía que le iría a buscar, y que… Bien, dejemos eso ya. Pero, dígame: ¿era necesaria la presencia de la señorita Gold?

—Para mí, sí. Bien entendido, señor McManus, que usted me dijo claramente que yo iba a trabajar «en lo mío». Esto es: escribir.

—Así es.

—¿Qué debo escribir?

—Una novela, Sinclair.

El novelista parpadeó.

—Bien… Por supuesto, sabré hacerlo, aunque sea en un par de semanas. Pero no le garantizo que el argumento sea sensacional…

—No se preocupe por eso: lo será. Yo voy a proporcionarle el argumento.

Ahora, pareció que el novelista quedaba atónito.

—¿De veras? —musitó—. Bueno, supongo que hay algo raro en todo esto, señor McManus. En primer lugar, jamás he cobrado cien mil dólares por una novela… ¡Ni muchísimo menos! Pero si, además de pagarme usted cien mil dólares por ella, me da el argumento, creo —sonrió como divertido—. Bueno, en realidad tendría que ser yo quien le pagase a usted por ese argumento… sensacional.

—Es una idea digna de tenerse en cuenta, Sinclair —volvió a sonreír secamente McManus.

—Ya metí la pata —sonrió Sinclair—. Dígame, ¿por qué no escribe usted mismo esa novela?

—¿Cree que podría hacerlo?

Ahora el novelista sonrió irónicamente.

—Creo que sería el único que no se considera capaz de escribir una novela. A cualquiera que le pregunte, le dirá que sí, que es capaz de escribir buenas novelas, pero… que no tiene tiempo.

—Es usted muy mordaz, Sinclair. Y yo no soy tonto. Sé muy bien que no es tan fácil como parece eso de escribir novelas. Por lo menos, no me parece fácil a mi…, aunque disponga de mucho tiempo. No. Yo no voy a meterme en ese jaleo. Ese trabajo lo dejaremos para usted, que es un auténtico profesional, y sabrá sacarle partido al argumento.

—Aunque sea malo —sonrió Sinclair—. Se asombraría si supiera con qué argumentos he llenado doscientas páginas. Mmmmm. Entiendo que usted editará, la novela.

—No. Yo sólo la firmaré.

—¿La firmará? —se sorprendió el novelista.

—Solamente eso. ¿Le molesta?

—Bueno… Realmente, pagándome cien mil dólares, no debería discutir ese… capricho suyo, pero… no lo entiendo.

—Lo irá entendiendo a medida que escribamos la novela. ¿Conoce algún editor valiente?

—¿Un editor valiente?

—Uno de esos tipos que no temen nada, que son capaces de publicar cualquier cosa sí saben que van a ganar miles y miles de dólares.

—Ah… De ésos conozco muchísimos. Parece que usted está convencido de que la novela se venderá mucho, señor McManus.

—Se lo garantizo. En cuanto a los derechos de autor, no se preocupe. Aunque yo firme la novela, se los cederé a usted, de modo que podrá ir cobrándolos en el mundo entero. Eso puede significar, quizá, un millón de dólares. ¿Alguna duda más?

—Sólo una: ¿cuál es el argumento?

—Mañana empezaremos la novela, y usted irá viendo el argumento a medida que yo le vaya dando explicaciones. Es una especie de… biografía, en realidad. Su título será: *Salud, Dinero… y Dolor*, ¿le gusta?

—Francamente, sí. Espero que el argumento esté a su altura.

—Lo estará. ¿Han cenado ustedes?

—No. Tuvimos que ir a entregar una novela con urgencia, luego pasar por el apartamento de Ophelia para recoger sus cosas, volver a mi casa, hacer mi maleta, seleccionar el material…

—Cenaremos juntos y charlaremos… de cosas divertidas. Hasta mañana no empezaremos con *Salud, Dinero y Dolor*. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Oh, una última pregunta, señor McManus: ¿por qué me eligió a mí?

—En realidad, fue usted quien me dio la idea, Sinclair. He tenido que estar unos meses en México, y allá, mientras me reponía de… cierta dolencia, me vinieron a las manos un par de novelas suyas.

—¿Le gustaron? —sonrió el novelista.

—No sé. No entiendo mucho de estas cosas… Pero sí me di cuenta de una cosa, que fue lo que me dio la idea. Usted es… mordaz, frío, certero, irónico, brutal a veces… No sé si sus novelas son buenas o no, pero sí sé que usted dice las cosas de tal manera que no hay más remedio que entenderlas. Y de ahí surgió la idea.

—Bien… Es usted muy amable, señor McManus. Y hablando de amabilidades: ¿cuándo cobraré?

—La mitad, o sea, cincuenta mil dólares, cuando usted quiera. La otra mitad, al poner la palabra FIN.

—En tal caso, me gustaría ir mañana mismo a ingresar los primeros cincuenta mil dólares en mi cuenta del Banco.

—Uno de mis hombres le acompañará. No quiero que se considere prisionero, Sinclair, pero mientras esté en este trabajo, no verá a nadie, no hablará con nadie, no deberá salir de la quinta.

—Voy a resultar un prisionero demasiado caro —sonrió el

novelista—. Si nos enseñan nuestras habitaciones, Ophelia y yo nos arreglaremos un poco para la cena.

—Fabesham se las indicará, en el piso de arriba. Sean bien venidos los dos. Y no vacilen en pedir cualquier cosa que precisen, sea lo que fuere. Durante dos o tres semanas vamos a trabajar muy duramente. Hasta ahora, Sinclair, señorita Gold…

* * *

Hacia las once, tras una amena y reposada charla con Warren McManus sobre diversos asuntos relacionados con la «novela», Charlie Sinclair y Ophelia Gold subieron al piso alto, donde tenían sus dormitorios. El novelista acompañó a la muchacha hasta la puerta del suyo, y sonrió maliciosamente.

—Debimos decir que en vez de mi secretaria era mi esposa.

—Buenas noches —replicó acremente la muchacha.

—Muy buenas. Espero que mañana esté de mejor humor. Tengo comprobado que cuando se está de mal humor el trabajo no sale todo lo perfecto que sería de desear, y que…

Ophelia Gold había entrado ya en su cuarto, y cerró la puerta en las mismísimas narices de Sinclair, que musitó un «Caramba, qué mal genio», y se apartó hacia su dormitorio. Abrió la puerta, entró… y se quedó mirando con el ceño fruncido a Fabesham, que estaba inclinado sobre su maleta, revolviendo las cosas. El guardaespaldas se volvió y se quedó mirándolo, casi desafiante.

—¿Ha perdido el collar, Fabesham? —sonrió Sinclair.

—¿Qué collar? —Gruñó Fabesham, sorprendido.

—El que llevan todos los animales amaestrados.

—Escuche, ensuciapáginas, su lengua…

—Qué barbaridad, Fabesham, usted no tiene la menor imaginación… Ensuciapáginas… Bien, ¿qué está buscando en mi equipaje, ya que parece que no es su collar?

—No buscaba nada.

—Ah… Entonces, nada encontrará. ¿Quiere salir de aquí? No me gusta que otro hombre me vea en calzoncillos. Cierre la puerta al salir, desde luego.

Pasó junto a Fabesham, indiferente, con tal desprecio que el guardaespaldas, fruncido el ceño, lanzó una mano hacia las solapas del novelista, retorciéndolas entre los fuertes dedos.

—Atienda, Sinclair —deslizó secamente—, vamos a estar juntos algunos días, de modo que quiero que sepa que usted no me gusta. Hay algo que no me gusta en usted.

—Siempre he dicho que la barba me favorecía —suspiró Sinclair —. No debí afeitármela. Seguramente, con ella le gustaría más.

—No es la barba —espetó Fabesham, acercando más su rostro al del novelista—. Es todo usted, escritor de pacotilla.

—Comprenda que no le guste, Fabesham, y eso me tranquiliza, ya que sería… incómodo que usted se enamorase de mí. Ahora, quite su fea cara de delante de la mía, y deje de arrugarme el traje. No tengo demasiados, créame. Además, me está dando tironcitos del vello del pecho, y eso me molesta. Suélteme, o…

—¿O qué? —sonrió malignamente Fabesham.

—Bueno… Podría decidirme a romperle la cara.

—¿Sí? Me gustaría verlo.

—¿De veras? Pues nada más fácil que complacerle, simpático.

Bruscamente, el puño derecho de Charlie Sinclair se hundió en el estómago de Fabesham. Éste abrió la boca, en un quejido profundo de dolor. Soltó al novelista y retrocedió un paso, algo inclinado. Sinclair se quedó mirándolo una fracción de segundo, como vacilante. Por fin, sin alterarse lo más mínimo, le atizó un cruzado en la barbilla que tiró a Fabesham contra la pared. Lo cogió al rebote, con la tranquilidad de quien está golpeando un «*puching*-ball», y de un zurdazo le dejó el hígado en pésimas condiciones. Luego, lo sostuvo en pie con la mano izquierda, lo llevó hacia la puerta, y allá le mostró el puño derecho, a dos pulgadas de la nariz de Fabesham.

—Lo siento, querido, pero sólo obedezco sus caprichos. Allá va.

Le colocó un directo en plena nariz, y Fabesham salió al pasillo manoteando, llegó a la blanca barandilla de piedra, rebotó, cayó de rodillas, luego de bruces, y sin transición comenzó a levantarse, con la nariz llena de sangre. Sus turbios ojos fueron hacia el dormitorio de Charlie Sinclair, pero la puerta se había cerrado ya, y el novelista había desaparecido.

Sin embargo, a través de la bruma que parecía bailar ante sus ojos, Fabesham vio aparecer de nuevo a Sinclair, en la puerta. Y oyó claramente sus palabras:

—Perdone mi grosero olvido, Fabesham: buenas noches.

El guardaespaldas se puso en pie y quedó vacilante sobre sus piernas, entornados los ojos en una mueca de furia. Llevó la mano bajo su chaqueta…

La voz de Warren McManus llegó claramente hasta él, desde el vestíbulo:

—¡Fabesham!

Dentro de la habitación, Sinclair se apartó de la puerta, al oír los pasos de Fabesham alejándose por el pasillo hacia la escalera. Se colocó ante la cama, contemplando la maleta en la cual había estado registrando el guardaespaldas. Con gesto preocupado, acabó de vaciarla, dejando las prendas sobre la cama. Al llegar al fondo, apretó con fuerza, y un pequeño fleje metálico apareció. Lo asió, tiró de él, y el doble fondo se alzó. Se quedó mirando la pistola, los cuatro diminutos micrófonos, el encendedor con microcámara oculta, la pequeña radio de bolsillo, poco más grande que un estuche de cerillas, con alcance de quinientas yardas… Parecía que todo estaba igual. Fabesham no debía haber llegado hasta allí.

Asió la pequeña radio y pareció a punto de accionarla. Lo pensó mejor, miró a su alrededor y acabó guardando la radio de corto alcance. Dejó afuera dos micrófonos y el encendedor que podía tomar microfotos, y lo demás lo dejó en su sitio. Cerró el doble fondo, algunas cosas en la maleta, otras en el armario…

Y se acostó.

# CAPÍTULO VIII

A las diez en punto de la mañana, Warren McManus apareció en el espacioso «*living*», donde el novelista y su secretaria habían montado el tinglado de trabajo: dos magnetófonos, dos máquinas de escribir, un fantástico montón de folios, lápices rojos y azules, bolígrafos, cigarrillos, un cubo lleno de hielo y botellas de agua tónica…

—Parece que quiera escribir la novela en un día.

Sinclair —saludó amablemente McManus—. Buenos días, señorita Gold.

Ophelia sonrió levemente, y Sinclair encendió un cigarrillo.

—Yo soy un poco gandul, señor McManus, pero cuando trabajo, trabajo en serio. Quiero decirle con esto que no seré yo quien marque el horario, sino usted.

—¿Estaría dispuesto a trabajar día y noche, quizá?

—Usted no se puede imaginar lo que significan esos cien mil dólares para mí: un auto nuevo, casa más grande, un bonito viaje, robustecer mi crédito…

—Entiendo. Bien: aquí sus primeros cincuenta mil dólares, Sinclair.

Dejó un paquete envuelto en papel de periódico sobre una de las mesas. El novelista deshizo el paquete, tranquilamente, y se quedó mirando con simpática sonrisa los fajos de billetes de veinte, cincuenta y cien dólares. Nuevos, espléndidos, de autenticidad fuera de toda duda.

—Vaya… He aquí a un hombre rico de la noche a la mañana. Podemos empezar a trabajar cuando quiera, señor McManus.

—¿No va a llevar su dinero al Banco?

—En otra ocasión. No hay prisa, supongo.

—Por mí, no. Y pierda cuidado: Fabesham no se los quitará. En realidad, no quería quitarle nada, Sinclair.

—Si se refiere a lo de anoche, lo había olvidado. Supongo que él obedecía órdenes de usted para encontrar algo sobre mí… Algo que no puedo imaginar qué es.

—Fabesham no obedecía órdenes mías en ese momento. Es desconfiado, simplemente.

—Lo noté. Le dije que le iba a romper la cara, no se lo creyó y tuve que convencerle. Sí, es desconfiado.

—Y usted pega muy bien.

—Fue pura casualidad.

—¿De veras?

—Me salió así. Ocurre que todos mis personajes son unos fenómenos largando mamporros, de modo que sólo tuve que hacer lo que hacen ellos…, y me salió bien. ¿Empezamos?

—En seguida… Un momento.

McManus fue al teléfono y se colocó de espaldas a Ophelia y Sinclair. Cuando empezó a hacer girar el disco ocultándolo con su cuerpo, el novelista cerró los ojos, esforzándose en ser todo oídos. Y a medida que McManus iba marcando el número, éste se iba componiendo en la mente de Sinclair, sólo por el sonido. El resultado final fue: BHW
887 29.
Es decir, que McManus estaba llamando una vez más a la quinta de Beverly Hills donde había vivido antes del percance en el yate. El teléfono llamó por tres veces antes de que contestasen. Sinclair vio a McManus erguirse, quedar rígido un instante… Al finísimo oído del novelista llegó el sonido de una voz de mujer, muy tenue… Solamente el sonido, la voz, el tono… Oyó el clarísimo ruido del auricular al ser colgado, allí mismo, en el *living*, y abrió los ojos. McManus, tras recibir respuesta en su antigua quinta de Beverly Hills, había colgado sin contestar.

—¡Morton! —llamó, tensa la voz.

Jerry Morton, uno de sus cinco guardaespaldas, apareció silenciosamente en el *living* y se acercó a su jefe, que le musitó unas palabras al oído. Luego, sin haber dicho una sola palabra, salió del *living*.

McManus se volvió hacia el novelista y su secretaria, y sonrió de

un modo crispado.

—Podemos empezar —se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo—. ¿Piensa grabar la conversación, Sinclair?

—Si no se opone usted, Ophelia pasará luego a máquina todo lo grabado. Después, mientras yo lo voy oyendo, leeré las páginas mecanografiadas e iré haciendo los comentarios adecuados, fuera de diálogo. ¿Le parece bien?

—Es usted el profesional —musitó McManus—. ¿Hay inconveniente en que empecemos por el principio?

—Es los más lógico, ¿no? —sonrió Sinclair.

—No estoy muy seguro. En realidad —se detuvo un instante, esperando a que Sinclair pusiera en marcha uno de los magnetófonos—. En realidad, hasta que yo tuve diecinueve años, mi vida fue… vulgar, sin especial importancia. La verdad es que fui… un buen muchacho. De veras. Hasta los diecinueve años. Fui un buen muchacho. Hijo único de padres en posición más que desahogada. Nací hace cuarenta y seis años, en Sacramento, California… Exactamente, el veintiocho de marzo de mil novecientos veintidós. De niño…

Carlie Sinclair no escuchaba. Estaba con el ceño fruncido, la expresión atenta, mirando fijamente a Warren McManus, pero, en realidad, no escuchaba. Podría hacerlo luego, cuando al leer la grabación… Podía permitirse el lujo de no escuchar ahora, para dedicar toda su atención a algo que consideraba más importante; por el ventanal, veía a Jerry Morton, caminando hacia el garaje en compañía de Ray Carpenter y Wendell Loomis, que completaban el grupo de cinco guardaespaldas de McManus… Poco después vio pasar el «Lincoln», y comprendió que los tres hombres iban dentro.

¿Adónde? ¿Qué instrucciones habían recibido de Warren McManus? ¿Adónde se dirigían y qué iban a hacer los tres hombres del «Lincoln»?

## CAPÍTULO IX

El «Lincoln» se detuvo, por fin, delante de la hermosa quinta blanca con una gran columnata. Atrás, habían quedado las grandes verjas, abiertas, los parterres floridos, con anchos paseos de tierra, fuentes de cristalina agua que saltaba hacia el cielo… A la izquierda se veía la gran piscina de forma irregular, aguas azules. La pista de tenis, el gran cobertizo deportivo…

Junto a la piscina había un hombre, en albornoz, con lentes de sol, bebiendo jugo de naranja y leyendo un periódico. Miró hacia el coche, frunció el ceño y se puso en pie.

Morton, Carpenter y Loomis se apearon del «Lincoln», y el primero miró al último y señaló hacia el hombre de la piscina.

—Ve a darle la explicación, Loomis.

—Está bien.

Loomis se dirigió hacia la piscina. El hombre, que había parecido a punto de caminar hacia ellos, decidió esperar, observando siempre con el ceño fruncido la llegada de Loomis, que sonreía amablemente. Por fin, llegó junto a él, se detuvo y sonrió más ampliamente.

—Buenos días, señor —saludó—. Me llamo Wendell Loomis, y soy jefe del grupo de representantes de Swimmingpool Beatiful. ¿Es usted el dueño de la quinta?

—No. ¿Qué es eso de Piscina Hermosa?

—Bueno… Nuestra firma ha encontrado cierta… innovación en las piscinas que creemos será del interés de muchas personas. Permítame que le muestre unas fotografías…

—Oiga, no se moleste, no interesa eso de…

Loomis sacó la mano de bajo la chaqueta, sin fotografías, pero con una imponente automática provista de tubo silenciador. El

hombre de los lentes de sol y albornoz calló bruscamente… y eso fue todo.

Plop… Plop… Las dos balas silenciosamente disparadas se hundieron en su pecho, encontrando fácilmente el corazón. Y el hombre se vino al suelo de fino mosaico rojo, de bruces, muerto fulminantemente. Loomis le dio unos cuantos puntapiés, acercándolo al borde de la piscina. Una vez allí, bastó un suave golpecito para tirarlo al agua… Las salpicaduras mancharon el pantalón de Loomis, pero éste no se alteró. El agua, una vez seca, no deja huella. En cambio, en la piscina sí estaba quedando una roja huella, que parecía agrandarse… No lo parecía, sino que se agrandaba, en verdad. Primero, la mancha estaba en el centro, muy roja, y luego, a medida que se agrandaba, el tono rojo se iba aclarando, hasta convertirse en un bonito y suave tono rosado clarísimo… Tan clarísimo, que podía verse perfectamente, en el fondo de la piscina, el cadáver del hombre en albornoz.

Loomis volvió hacia la casa, reuniéndose con Morton y Carpenter, que estaban llamando ya a la gran puerta señorial de la formidable quinta. Abrió un tipo alto, de cara sonrosada y ojillos diminutos, que llevaba un chaleco a listas.

Se quedó mirándolos con expresión casi asustada.

—¿Qué desean?

—¿Le digo lo de Swimmingpool Beatiful, Morton? —preguntó Loomis.

—No es necesario —sonrió al mayordomo—. ¿Está Carla Bonetti en casa, si no me equivoco?

—¿Quién es usted y qué desea?

—Soy yo quien hace las preguntas —frunció el ceño Morton—. ¿Está o no está?

—¿A quién debo anunciar? —Alzó la barbilla el mayordomo.

Loomis le colocó la pistola delante de la nariz.

—Si vuelve a hacer preguntas idiotas, le agrando los agujeros de ventilación de su pequeño cerebro, amigo. Mi compañero va a preguntarle, y usted contestará. ¿Entiende? Adelante, Morton.

—¿Está Carla Bonetti en casa? —sonrió burlonamente Morton.

—Sí, señor. En el… en el dormitorio…, arriba.

—¿Quién más hay en la casa?

—La… la doncella de la señorita y yo…

—¿No hay cocineras, jardinero, doncellas de limpieza…?

—No…, no están en la casa ahora… Salieron a hacer sus cosas…

—¿De compras, quizá?

—Sí… Sí, señor, sí…

—Muy bien. Llévatelo a la cocina, Loomis. ¿Dónde está la doncella de Carla Bonetti?

—Pre… precisamente en… en la cocina, preparando el desayuno de la señorita para… para subírselo…

—Qué bien. A la cocina con él, Loomis. Ven conmigo, Carpenter.

Loomis se llevó al mayordomo hacia la cocina, empujándolo con la pistola en los riñones. Carpenter y Morton subieron la amplísima escalinata de mármol blanco, rápidamente y en silencio. Cuando llegaron al piso alto, se dedicaron a ir abriendo habitaciones, echando un vistazo al interior…

—Dorothy —oyeron la voz de mujer—. ¿Eres tú? ¿Qué haces?

Los dos guardaespaldas se miraron y sonrieron. Fueron al dormitorio del cual había brotado la voz, abrieron la puerta, entraron… y sonrieron divertidos cuando la hermosa mujer que había ante el tocador, casi desnuda, dio un gritito y saltó hacia su bata. Se la puso apresuradamente, preguntando entre asustada e irritada:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

—Vístase —dijo Morton—. Sin preguntas ni vacilaciones, señorita Bonetti. Por favor.

—Pero…

—Por favor. Le aseguro que somos amigos, y que usted va a alegrarse de haber venido con nosotros.

—¿Adónde?

—Vístase. Usted corre peligro aquí, y nosotros vamos a llevarla a un lugar donde estará a salvo.

Carla Bonetti se mordió los labios y palideció. Pero incluso así resultaba una hermosa mujer; de alrededor de treinta años, con una figura rotunda y esbelta a la vez, roja su boca alargada, grandes sus oscuros ojos brillantes… Una auténtica belleza cuya procedencia italiana era patente por algo más que el apellido.

—¿Quién los envía? —musitó—. ¿Qué peligro…?

—De muerte, señorita Bonetti. Créanos. Si quisiéramos hacerle daño nosotros no necesitaríamos llevárnosla, ¿no es cierto?

Esto tenía cierta lógica, y tras una última y breve vacilación, Carla fue al armario y sacó un vestido. Se volvió hacia los dos guardaespaldas, que comprendieron y se volvieron de espaldas. Ella tardó apenas dos minutos en susurrar:

—Ya estoy lista.

Los dos se volvieron. Morton señaló el armario.

—Será mejor que recoja algunas cosas y las meta en una maleta. Seguramente, tendrá que permanecer algunos días escondida.

La bella Carla obedeció de nuevo; llenó una maleta, Carpenter se hizo cargo de ella y salieron del dormitorio. Al llegar abajo, Morton señaló hacia la cocina, y Carpenter se fue hacia allí. Cuando entró, Loomis estaba sentado en un taburete, mirando risueñamente al mayordomo y a la doncella de la Bonetti.

—Nos vamos, Loomis.

—Bien. Yo termino con esto.

—Te esperamos en el coche.

Carpenter se fue de la cocina. Loomis se puso en pie, siempre sonriendo. Alzó un poco la pistola y disparó fríamente, por tres veces. Sí: parecieron tres taponazos de champaña, pero no lo fueron. El mayordomo recibió dos balas en el pecho, y la doncella una sola… Todo lo que pudieron hacer fue intentar un grito, desorbitar los ojos, crispar los rostros, palidecer… y morir. Eso fue todo.

Loomis salió tranquilamente de la cocina, guardándose la pistola. Cuando llegó al coche, Carpenter apenas había tenido tiempo de sentarse al volante. Loomis se puso a su lado, asintiendo con la cabeza a la silenciosa pregunta de Morton, que estaba en el asiento de atrás, con Carla Bonetti.

—En marcha, Carpenter.

# CAPÍTULO X

—Fue realmente un accidente —decía Warren McManus—. Aquella chica ni me gustaba ni dejaba de gustarme. Era una chica como otra cualquiera, con la que se podía salir, bailar un poco… Ya saben: cosas de la juventud. Pero mis padres eran personas serias, y se habrían disgustado mucho al enterarse. La chica no era como nosotros… Quiero decir que su condición… social y personal era… inferior. Además, me constaba que había salido con otros muchachos, y era fácil pensar que quizá también, los otros habían conseguido lo mismo. A pesar de tener sólo diecinueve años, comprendí que aquella chica no me convenía, de modo que le dije lo que pensaba de ella, de la situación. Me negué en redondo a casarme… Estábamos en una playa… Ella empezó a gritar, y me insultó… Dijo cosas que una chica de mejor educación jamás habría dicho. Yo le dije que podía tomárselo como quisiera, pero que yo me iba de allí, y que haría bien en olvidarme. Y me fui… Ella me siguió, sin dejar de gritar. Y me agredió. Eso me enfureció mucho, y… le di un golpe en la cara. Cayó de espaldas, y su cabeza dio contra una de las rocas… Se oyó un sonido… feo, de algo blando que revienta. Ella se quedó inmóvil, con los ojos abiertos, como si me estuviera mirando. Tardé todavía unos segundos en comprender que estaba muerta…

Afuera se oyó la llegada de un coche. McManus, Sinclair y Ophelia miraron por el ventanal y vieron la llegada del «Lincoln». McManus se puso en pie. Estaba un poco pálido, crispado el rostro.

—Empecé a pensar en lo que tenía que hacer —dijo rápidamente —, y llegué a la conclusión de que si explicaba lo ocurrido todo sería aún peor que si me hubiese casado con la chica. Entonces, dejé el cadáver escondido, fui a casa con el auto, recogí una zapa y una

pala y volví a la playa… Debía ser ya la una de la madrugada. Metí a la chica en el coche…

—¿Cómo se llamaba ella? —interrumpió Sinclair.

—Adele Culver… Oh, sí, Sinclair, quiero que ponga aquí los nombres verdaderos, desde luego. Bien, todo puede resumirse ahora diciendo que la enterré profundamente en un lugar solitario. Tan solitario y tan profundamente, que todavía nadie ha encontrado el cadáver… Me aseguré de que ni en la playa ni allí quedaba ninguna huella o señal mía, volví a casa, encerré el coche y me acosté. Casi no dormí. Y al día siguiente un tipo me abordó. Empezó a preguntarme por la chica, por Adele. Me miraba fijamente. Dijo que era amiga suya, que no la encontraba, que sabía que ella y yo nos habíamos visto mucho últimamente… Cuando me di cuenta, a los diecinueve años, estaba trabajando en un *gang* que consideraba interesante tener a un muchacho universitario entre ellos. No me amenazaron, pero yo comprendí que ellos podían perjudicarme mucho si iban a la policía a hablarles de Adele Culver. De modo que lo acepté todo…, y ahí empezó una nueva etapa de mi vida.

—Señor McManus —musitó Sinclair—, espero que se dé usted cuenta de que lo que ha hecho, ni más ni menos, ha sido confesarse autor de un homicidio. ¿Realmente quiere que eso se publique?

—Cuando hayan pasado dos o tres semanas, Sinclair, y el libro esté avanzando o terminado, usted comprenderá que el homicidio de Adele Culver fue… una de las cosas menos malas que he hecho en mi vida. Pero aún oirá cosas peores que las mías. Cosas de otras gentes… Se le pondrán los pelos de punta, créame. Estoy convencido de que su imaginación de novelista jamás ha podido llegar a las realidades que yo contaré… Bien, aquí termina mi infancia, mis primeros diecinueve años de vida honrada y tranquila… ¿Podrá sacarle partido a mi relato para un buen capítulo de introducción, Sinclair?

—Espero que sí. Material hay de sobra. Ophelia y yo nos dedicaremos esta tarde a trabajar a máquina y desarrollar su explicación en forma de novela. Podríamos…

—Sí, sí, lo que usted quiera. Confío en su experiencia.

Sinclair asintió con la cabeza y miró hacia la puerta del *living*, por donde, de un momento a otro, aparecerían Morton y los demás. Y una mujer, cuyo taconeo se diferenciaba de modo inconfundible

del de los hombres. El novelista miró a McManus y lo vio tenso, erguido, casi conteniendo la respiración, demudado el rostro. Sus ojos estaban fijos en la puerta, por la cual, de pronto, apareció una bellísima mujer de grandes ojos oscuros, negros cabellos, cuerpo magnífico… La recién llegada miró hacia ellos, pero su mirada pareció ser atraída hacia Warren McManus con fuerza irresistible.

Y al verlo lanzó un chillido, su rostro se desencajó, quedó lívido como el de un cadáver. Sus manos taparon la roja boca, como queriendo impedir que brotasen más gritos de incrédulo espanto. Y sus ojos quedaron fijos en Warren McManus, desorbitados…

—Hola, Carla —saludó roncamente McManus—. Espero que todavía no me hayas olvidado. ¿O sí?

Morton, Loomis y Carpenter estaban detrás de la hermosa mujer. Sinclair miró rápidamente de reojo a Ophelia, y la vio tensa, entre temerosa e intrigada.

McManus dio unos pasos, acercándose a Carla.

—¿No te alegras de verme? —susurró.

La mujer tardó todavía algunos segundos en reaccionar. Sus labios temblaron violentamente antes de poder musitar:

—Warren… Pero dijeron que estabas… que estabas. ¡Oh, Warren!

Se echó en los brazos de McManus, de pronto, sollozando. Sus manos se crisparon en las ropas de él, temblando…, y entonces, Warren McManus la apartó rudamente, empujándola por la garganta con la mano izquierda, mientras con la derecha golpeaba con terrible fuerza el rostro femenino. Carla Bonetti lanzó un grito de dolor y miedo, dio una vuelta sobre sí misma y cayó de bruces al suelo. McManus se acercó a ella y le propinó un salvaje puntapié en el vientre, que casi desvaneció a la Bonetti. Luego la asió por los cabellos, la levantó y la tiró en un sillón, tan lívida y sin aliento que era ya imposible que se pareciese más a un cadáver.

McManus se volvió hacia Sinclair, que se había puesto en pie.

—Siéntese, Sinclair —jadeó.

—Escuche, McManus, esto no…

—¡Siéntese!

Sinclair captó los movimientos de Carpenter y Morton. Miró hacia ellos y vio las pistolas en sus manos. Ophelia dio un gritito y se puso también en pie… El novelista la empujó, sentándola de

nuevo, y él se sentó a su lado, en el brazo del sillón. Su mirada se clavó hoscamente en McManus.

—¿Pretende convertirme en cómplice de sus asuntos? —Gruñó.

—Usted es sólo un novelista que yo he contratado, Sinclair. No se complique la vida usted solo. Vea, oiga y escriba, eso es todo.

—No me gusta.

—Pues tendrá que gustarle. Usted está trabajando, simplemente. Con material y argumento de primera mano… ¿Qué más quiere? Además, es bueno que usted conozca cuantos más personajes mejor de esta novela que estamos escribiendo. ¿Quiere saber quién es ella?: Carla Bonetti, mi amiga de los buenos tiempos. Fíjese bien en ella, porque tendrá un importante papel en el argumento. Le diré en pocas palabras quién y qué es Carla… La conocí en una fiesta de unos… amigos. Me gustó, y empecé a asediarla, cosa que no pareció difícil, pues ella me aceptó casi inmediatamente. En menos de una semana, retiré a Carla Bonetti de la circulación, la lleve a mi quinta de Beverly Hills, la convertí en la señora y dueña de allí… Tan dueña y señora que, según parece, a nadie se le ha ocurrido la idea de echarla de la quinta después de mi «muerte». Todo cuanto hoy es, y tiene Carla me lo debe a mí. Todo: dinero, joyas, una quinta en Beverly Hills, autos… Todo. Nada había que me pareciera suficiente para ella, jamás le negué nada… ¿y sabe cómo correspondió ella, Sinclair?

—¿Cómo? —musitó el novelista.

—¡Traicionándome! —aulló McManus, colocándose ante ella, temblando de furia—. ¡Traicionándome como una maldita víbora!

—No… ¡No, Warren, te lo juro…! —gemía Carla.

—¿No? ¿Cómo supieron entonces los de la DLS mis proyectos? ¿Cómo supieron que tenía aquella noche una reunión en mi yate? ¿Cómo supieron quiénes estábamos allí? ¿Cómo supieron que mi yate estaba anclado aquella noche en un lugar tan distante como White Little Bay…? ¿Cómo? —La asió de nuevo por los cabellos, torciéndole el cuello brutalmente—. ¡Dime cómo, Carla…, dime cómo lo supieron!

—¡No lo sé! —gritó ella, llorando—. ¡No fui yo, no…!

—¿No? ¿Todo fue casualidad, Carla? ¿Fue una casualidad que tú no estuvieras aquella noche en el yate? Dijiste que estabas indispuesta poco antes de la marcha, y te quedaste en la quinta…

Sí… Dijiste que estabas indispuesta, cuando la verdad era que sabías lo que iba a ocurrir. Habías dicho mis planes a la DLS, les dijiste que estaría en White Little Bay, sabías que yo no aceptaría continuar trabajando para ellos, que nos matarían a todos… ¡Sabías eso, y por tanto no quisiste venir al yate, estar conmigo aquella noche! ¿No fue así? ¿No fue así, víbora?

—¡No! ¡No! ¡Te lo juro!

McManus rió secamente y empujó a Carla contra el sillón.

—Lo juras… —masculló mordazmente—. ¡Lo has jurado! ¿Qué puede valer para mí un juramento tuyo?

—Warren…, estás equivocado… Yo te amaba… Te amo ahora, y… y me siento… feliz por verte vivo… Tú lo sabes…

—¡Cállate!

—Te quiero… Te quise cuando te conocí, lo sabes bien… Te acepté en seguida, te amé… Jamás te habría traicionado… ¡Nunca habría hecho nada contra ti!… Siempre te acepté, siempre te amé, tú no puedes negar eso…

—Mentira… No creo que llorases mucho cuando supiste mi muerte… ¡Mentira todo!

—¿Cómo puedes… saberlo tú? ¿Cómo puedes saber si lloré o no lloré? —La voz de Carla Bonetti se ahogó en un sollozo—. ¿Cómo puedes saber cuánto lloré, cuánto te amaba, cuánto te amo…? Siempre fuiste demasiado duro, demasiado frío y distante… ¿Cómo puedes saber tú cuánto he llegado a amarte?

Carla Bonetti escondió el rostro entre las manos y rompió a llorar, estremecida. La astuta mirada de Charlie Sinclair pareció saltar hacia Warren McManus, y lo vio tenso, demudado, apretando fuertemente los puños, fijos sus ojos en los negros cabellos de Carla Bonetti. Los pensamientos y sentimientos de Warren McManus fueron captados con toda facilidad por Sinclair. Quería creer a Carla Bonetti. Estaba haciendo un esfuerzo desesperado por creerla. Durante cuatro meses había estado pensando en su venganza, en tener ante sí a aquella mujer que él estaba convencido de que le había traicionado… Durante los cuatro meses pasados en México, la idea de la venganza había estado martilleando en el cerebro de Warren McManus, grabando aquella idea de venganza, machacando sus esperanzas de que aquello no fuese cierto, destrozándolas… La lógica era la lógica, simplemente. Pero, en todo momento,

McManus había querido conservar una esperanza…, y ahora estaba luchando para no aferrarse a ella. Se resistía cuanto podía a creer a Carla Bonetti, pero estaba deseando creerla, recuperar con ella algo de lo perdido en White Little Bay.

De pronto, McManus fue al bar. Se sirvió un *whisky* y con mano temblorosa, lo bebió de un trago y volvió a mirar a la mujer.

—Está bien… —susurró—. Supongamos que no fuiste tú… ¿Quién fue, entonces? ¿Quién más podía saber lo que yo pretendía, y dónde estaba aquella noche?

Carla alzó la cabeza. Fijó sus enrojecidos ojos anegados en lágrimas en McManus.

—No lo sé… Warren, no lo sé…

McManus quedó silencioso unos segundos.

—¿Por qué no te fueron a molestar a ti? —preguntó al fin.

—No lo sé… ¡No lo sé, no sé nada…! Solo… sólo que yo quise marcharme de Los Ángeles, y me… me lo impidieron…

—¿Te lo impidieron?

—Yo… quise irme… Lejos. A Europa. Tomé… pasaje para París, en avión… Y entonces vinieron a verme dos hombres de los tuyos, y me dijeron que debía… permanecer en la quinta por tiempo indefinido, que ya pensarían ellos lo que convenía que yo hiciese… Que no debía temer nada, que yo podría serles útil en determinado momento, pero que no debía intentar marcharme o., o allá donde fuese ellos me encontrarían. Y me quedé… vigilada por un hombre que ellos enviaron. No hacía nada, ni decía nada… Sólo estaba allí, paseando, nadando en la piscina…

—¿Qué más?

—Nada… Nada más, Warren… ¡Te juro que te estoy diciendo la verdad! No he vuelto a saber nada, ni a ver a ninguno…

—¿Cuáles eran esos dos hombres de mi grupo?

—No sé… Yo casi no los conocía, tú sabes que nunca nos mezclabas en esas cosas a tus hijas y a mí… Los había visto algunas veces contigo, pero… ¿Waverly? —exclamó de pronto—. ¿Hay uno que se llama Lee Waverly, Warren?

—No… Hay uno que se llama Aaron Waverly, y otro que se llama Lee Bascomb…

—No sé… Ellos se hablaron, pronunciaron esos nombres, y yo debo confundirlo todo… Warren, es lo único que puedo decirte…

—Lee Bascomb y Aaron Waverly —musitó McManus—. Sí, quizá pudieron ser ellos. Eran de mi confianza, tenían idea clara de mis proyectos…

—¡Entonces fueron ellos quienes te traicionaron!

—Es posible… Te diré cómo son, y sabrás si fueron ellos los que te visitaron para decirte que aún podrías serles útil. Lee Bascomb es menudo, de ojos muy claros, bastante calvo, y su nariz es fea, como redonda y con marcas de viruela que…

—¡Ése era uno de ellos! ¡Sí, Warren, sí!

—Bien. —McManus se pasó la lengua por los labios—. Aaron Waverly es de mediana estatura, siempre va muy elegante, es guapo, sonríe mucho… Siempre lleva corbatas que no hacen juego con el traje. Las prefiere de colores vivos, con muchas rayas. Tiene el pelo rizado…

—Ése… ése es el otro… ¡Ellos son, Warren! ¡Tienes que creerme, puedes… puedes preguntarles a ellos…!

—Lo haré… —musitó McManus—. Puedes estar segura de que lo haré, Carla. Sé dónde encontrarlos, si no han cambiado de costumbres… Los conozco muy bien, sé dónde encontrarlos en el momento que quiera. Sí… Es posible… Eran ambiciosos, siempre dispuestos a todo. Quizá estén ahora dirigiendo mi grupo a las órdenes de la DLS. Pero no va a servirles de nada… A ninguno va a servirle de nada… A ninguno va a servirle de nada. Te voy a decir lo que estoy haciendo, Carla. El —señaló a Carlie Sinclair— es un novelista que va a escribir mis… memorias. Todo. De principio a fin, con todos los detalles, con nombres verdaderos, con hechos auténticos. Conozco a muchos de los principales miembros de la DLS. A casi todos. Conozco toda la organización, sus sistemas, sus enlaces, la gente sobornada que trabaja para ellos, los proveedores en el extranjero… Conozco todo el funcionamiento de la DLS mejor que el funcionamiento de mi propio cuerpo: nombres, lugares, fechas, hechos… Todo está en mi cabeza, y todo lo va a escribir Sinclair, en forma de espeluznante novela, que revolverá las tripas a todo el país, a todo el mundo… Todo igual que en los años treinta, sólo que hecho con más modales y por gente más simpática y bien situada. El gangsterismo de guante blanco, eso es la DLS. ¿Qué crees que quedará de ellos cuando el libro sea publicado?

Carla Bonetti se había acercado a McManus, y se abrazó a él,

dulcemente, confiadamente.

—Warren… Destrúyelos a todos, si quieres… Escribe ese libro, aniquila a la DLS…, pero no nos aniquiles a nosotros mismos. Piénsalo bien… Tú serás el primer perjudicado con ese libro.

—Eso ya lo tengo previsto, he tomado mis medidas. Tengo mis planes, Carla.

—Yo… yo no sé nada, tú harás lo mejor, lo sé… No me importa lo que hagas, además. Solo… sólo quisiera que ahora que… que de nuevo estoy contigo, no me abandones, no me alejes de ti… Hagas lo que hagas, vayas adonde vayas, te pido que me lleves contigo… Warren, te amo…, te amo tanto…

Los labios de Carla Bonetti se posaron en los de Warren McManus, lenta, tierna, dulcemente. Las manos de ella subieron hasta la nuca de él, que crispó las suyas en la cintura femenina, rígido, sin corresponder al beso, pero notando una dolorosa sensación de deshielo, de relajación. Era como si el aliento de Carla fuese un caliente vendaval que ablandase su congelado corazón.

Por fin, ella se apartó, lentamente. Se quedó mirando fijamente a McManus, y dos nuevas lágrimas aparecieron en sus ojos, brotaron, se deslizaron por las mejillas.

—No me crees —musitó—. No me crees, ni me amas, Warren…

McManus suspiró profundamente.

—Te llevaré arriba.

—¿Me quedo? —exclamó alegremente Carla.

—Sí… Te quedas.

La tomó de un brazo y se dirigió hacia la puerta. Tomó la maleta de Carla de manos de Carpenter y los dos salieron del *living*. Durante unos segundos, nadie dijo nada, Morton y Carpenter, que parecían haber olvidado que tenían la pistola en la mano, la guardaron de pronto, y entonces Sinclair exclamó:

—Hogar, dulce hogar de paz…

Ophelia alzó la cabeza hacia él, y entonces el novelista, sin moverse del brazo del sillón, la besó en los labios, sujetándole férreamente la barbilla con una sola mano. Pero no fue necesario, porque tras el movimiento instintivo para rechazar el beso, Ophelia quedó inmóvil, aceptando con dulce mansedumbre la caricia. Luego sonrió cariñosamente, pero con una chispa de furia en los ojos, que los guardaespaldas no pudieron captar… y Sinclair ignoró

olímpicamente.

—Ah, el amor… Creo que el mundo sería mucho mejor si todas las cosas se arreglasen como lo han hecho McManus y Carla Bonetti. ¿No te parece?

—Desde luego —musitó ella.

—Ustedes. —Sinclair miró con el ceño fruncido a los matones—, ¿no tienen nada mejor que hacer que espiar a dos enamorados?

Loomis sonrió maliciosamente. Y en lugar de salir del *living*, fue al bar, se sirvió un *whisky* y, con el vaso en la mano, se dejó caer en un sillón, mirando desafiante al novelista.

—*Okay* —encogió los hombros Sinclair—. Entonces, nos iremos nosotros. ¿Vamos, Ophelia?

—No, yo… ordenaré un poco esto, Charlie.

—Como quieras. Espero que no den pronto el almuerzo. El trabajo ha sido agotador esta mañana. Hasta ahora.

Salió del *living*. Poco después, entraba en su dormitorio. Se acercó a la ventana y miró a través de las persianas. No vio ni rastro de Barrows o Fabesham, que debían estar vigilando afuera, ciertamente, pero a cubierto del sol, quizá bajo un parasol, quizá en una terraza. Como fuese, si él no podía verlos a ellos mirando hacia abajo, tampoco ellos podrían verlo a él mirando hacia arriba. Lógico.

De debajo de la mesita de noche despegó uno de los diminutos micrófonos y lo guardó en un bolsillo. Fue a la ventana, subió la persiana graduable y volvió a mirar al exterior. Un sol rabioso mantenía a Fabesham y Barrows a cubierto, era indudable. De modo que salió por la ventana, afirmando los pies en la cornisa. Sabía muy bien cuál era el dormitorio de Warren McManus, y a menos que en aquella ocasión la lógica fallase, Carla Bonetti habría sido llevada allí.

Se deslizó rápidamente por la cornisa. La posible caída de casi quince pies no le preocupaba por sus consecuencias directas, sino por la dificultad en dar luego una explicación respecto a cómo había caído.

Pero no hubo novedad. Llegó junto a la terraza del dormitorio de McManus y esperó unos segundos, aguzando el oído. Por supuesto, con aquel calor, las cristaleras estaban abiertas, y sólo la persiana, protegía el dormitorio del exterior. Y una persiana no es

gran cosa para dificultar la audición de un oído muy fino. Oyó la voz tensa de Warren McManus y los suspiros y susurros de Carla Bonetti… Se acercó más, y colocó el micrófono en el marco del ventanal que daba a la terraza, muy alto. Ahora no oía nada, pero tampoco le interesaba la escena que pudiera desarrollarse allí dentro. De modo que regresó por la cornisa a su dormitorio. Entró, bajó de nuevo la persiana y lanzó un tenue silbido de alivio.

Luego colocó la maleta sobre la cama, alzó el doble fondo y sacó la pequeñísima radio con alcalice de quinientas yardas.

La accionó.

—Stan… —musitó—. ¿Puedes oírme?

—Glenn —se oyó la tensa respuesta—, ha ocurrido algo horrible. Seguimos a los guardaespaldas de McManus, fueron a…

—Sé adónde fueron. ¿Qué ha ocurrido?

—Han matado a tres personas: dos hombres y una mujer. No pudimos evitarlo. Pedí instrucciones al jefe, pero me dijo que antes de actuar esperásemos noticias tuyas… ¿Por qué no llamaste anoche?

—Me pareció una imprudencia innecesaria. El pestillo de la puerta de mi dormitorio está estropeado, de modo que pueden entrar aquí en cualquier momento; naturalmente, ha sido estropeado a propósito, no quieren mi completa independencia dentro de la casa. También he observado que está estropeado el de Ophelia.

—¿Estáis bien?

—Por ahora, sí. ¿Quiénes son los muertos, Stan?

—Un mayordomo, una doncella y un tipo en albornoz, que tiraron a la piscina. Glenn, ¿qué hacemos? ¿Descubrimos oficialmente los asesinatos, entramos a por McManus y sus asesinos…?

—No… No, Stan, no.

—Pero es que tres asesinatos…

—Es sólo el principio de lo que piensa hacer McManus. Escucha bien lo que…

De pronto, el novelista metió la mano en la maleta, volviéndose hacia la puerta, que se abría en aquel momento, empujada por Ophelia Gold, que entró diciendo:

—Escúcheme usted…

Se quedó petrificada al ver la pistola apuntando directamente a su pecho. Alzó los asustados ojos hacia los del hombre, y notó un frío impacto en el estómago al verlos fijos en ella, helados, terribles como los del águila que ha visto el ratoncillo en el campo, bajo ella. También el movimiento del novelista había sido centelleante, impecable, casi mecánico. La pistola con silenciador encajaba perfectamente en aquella enorme mano tostada por el sol, como si formase parte de ella. Pero duró apenas un segundo. Después de ese breve espacio de tiempo, el novelista pareció mudar de aspecto, como un camaleón: bajó la mano, sonrió, pareció más alegre y despreocupado… y hasta un poco sorprendido por tener una pistola en la mano.

—Entra y cierra, Ophelia —dijo en voz alta—. No me gustan las corrientes de aire.

Ella obedeció, como sugestionada. Cerró y parecía de nuevo dispuesta a hablar cuando el novelista se llevó un dedo a los labios, se acercó a ella, y con otro dedo la empujó, hasta que quedó apoyada de espaldas en la puerta.

—Quieta aquí —musitó.

Luego le dio un besito en los labios y se alejó de la puerta hacia el fondo del dormitorio.

—¿Stan?

—¡Glenn! ¿Qué ocurre?

—Ophelia Gold ha decidido visitarme. Volvamos a lo nuestro: no quiero que intervengáis todavía. Te diré lo que ocurre: Warren McManus piensa contamos toda su vida… De momento, tenemos hasta los diecinueve años, un poco resumido todo, pero muy expresivo. Lo interesante seguirá mañana, si no puedo arreglarlo de otro modo. McManus está dispuesto a escribir un libro que pondría al descubierto, con nombres verdaderos, fechas, hechos, lugares, sistemas, etcétera, a toda la DLS, y sus componentes. ¿Te das cuenta?

—¡Eso sería fabuloso, Glenn!

—Exactamente. Así que, de momento, y puesto que esas tres muertes ya no tienen remedio, vamos a dejar tranquilo a McManus, para que me lo cuente todo y yo lo escriba. Haré lo posible por acelerar sus explicaciones. Si él no miente, Stan, vamos a aniquilar a la DLS en un abrir y cerrar de ojos.

—Vale la pena esperar, desde luego.

—Exactamente. Ahora, otra cosa: hay dos tipos en Los Ángeles llamados Lee Bascomb y Aaron Waverly, que pertenecen a la DLS y que probablemente estén dirigiendo el grupo que dirigía McManus. Ahora, McManus enviará a por ellos, pero no interesa que los encuentren pronto, a fin de no precipitar los acontecimientos, so pena de que este libro ni siquiera llegue a la mitad. Por tanto, me vais a quitar de la circulación a Bascomb y Waverly con cualquier pretexto y todo el tiempo que sea posible. Quiero tranquilidad para escribir, y sé que McManus no hará nada más hasta que tenga a esos dos. ¿Entendido?

—Seguro. ¿Qué más?

—Nada más. Ah, sí: he colocado un micrófono en el dormitorio de McManus, y…

—Eso lo sabemos. Y te aseguro que estamos obteniendo una grabación no apta para menores de cuarenta años. Glenn, estamos a menos de doscientas yardas de ahí; si nos necesitas…

—Si os necesito, os llamaré. Hasta la vista, Stan.

—Adiós.

Sinclair cerró la radio, la guardó, cerró la maleta, la metió en el armario y sólo entonces pareció acordarse de la presencia de la secretaria. Se acercó a ella, sonriendo, le pasó un brazo por los hombros y la llevó hacia la ventana.

—Bueno, bueno, bueno, Ophelia querida, ¿quería decirme…?

—Escuche usted, sinvergüenza —la muchacha se quitó bruscamente el brazo que abrazaba cariñosamente sus hombros—, si vuelve usted a besarme o a tocarme…

—Sssttt… No alce la voz.

—Si vuelve a besarme —masculló ella rabiosamente—, le voy a dar una bofetada, aunque estemos delante de todos, que jamás olvidará en su vida. ¡Sinvergüenza!

—Oh, vamos… No hay motivos para ponerse así. Es normal en una linda secretaria que se avenga con su jefe. Además, tengo muy buenos motivos para besarte, querida Ophelia.

—¿Buenos motivos? Lo dudo… ¿Qué motivos son ésos?

—Que me gusta.

—¿Que le… que le…?

—Eso es: que me gusta besarte.

La ira ahogaba la voz de Ophelia Gold, pero al fin pudo barbotar:

—¡Cínico!

—¿Y qué?

Ophelia parecía atragantarse con sus propias palabras, como si fuesen bolas auténticas, tangibles.

—¡Estúpido!

—Ah, eso sí que no, Ophelia —protestó Sinclair—. Acepto lo de sinvergüenza y cínico, puesto que la vida me ha enseñado mucho. Pero de estúpido, nada. Sin insultar, querida.

—Si… si usted… ¡Si usted vuelve a besarme, o tocarme tan sólo un pelo, le pesará, se lo aseguro!

—Be acuerdo, de acuerdo… Usted se lo pierde.

—¡Caradura!

—Eso también —sonrió el novelista—. Ahora, sea buena chica, cálmese… Oh, quiero decir que seas buena chica, que te calmes y que vayas a arreglarte para el almuerzo. Por cierto: me gustaría saber quién cocina en esta casa. Seguramente, Barrows o Fabesham… ¿Tú sabes cocinar?

Ophelia Gold pareció calmarse de pronto.

—Se lo advierto, señor «comosellame»: si vuelve a besarme o a tocarme, lo echaré todo a rodar. ¿Entendido?

—Entiendo. De todos modos, creo que no has recapacitado lo suficiente. ¿Tanto te disgusta que te bese?

—Señor «loquesea»: yo le diré si alguna vez quiero que usted me bese. ¿Está claro?

—Todo muy claro. Adiós, furibunda Ophelia, mi amor, mi rubia maravillosa —abrió la puerta, y cuando ella salía, sonrió y dijo—: Espero que no me tires un plato a la cabeza durante el almuerzo.

# CAPÍTULO XI

No le tiró ningún plato. Fue un almuerzo plácido, después del cual todos optaron por dormir una siesta. McManus y Carla Bonetti no habían almorzado con ellos, y, según la sonriente opinión de Sinclair durante el almuerzo, debían haber decidido adelantar la siesta.

El primero en reaparecer en el *living* después de la siesta fue Charlie Sinclair, que se sirvió una pulgada escasa de *whisky* y acabó de llenar el vaso con soda. Luego encendió un cigarrillo y se sentó junto al magnetófono, que puso en marcha, a volumen muy bajo. Estaba a mitad de audición cuando apareció Ophelia, despampanante con un vestido de tarde color azul, sin mangas, escotadísimo. Estaba sencillamente terrible…, pero el novelista ni siquiera la miró. Fue como si la muchacha no estuviese allí. Ella lo miró de reojo, frunció el ceño y se puso a la máquina. Colocó un papel en el rodillo y se volvió con expresión adusta.

—¿Empiezo a escribir? —preguntó.

—No. Tengo una idea mejor.

—¿Qué idea?

—No es cuenta tuya. Fuma, bebe, date un paseo… Lo que quieras, con tal de dejarme en paz.

Ophelia Gold notó la furiosa subida de sangre a su rostro.

—¿No me necesitas?

—Ni mucho menos, querida.

—Entonces, iré a nadar a la piscina.

—Espléndido. Cuidado con los tiburones.

Ophelia Gold abandonó el *living,* en apariencia tranquila e indiferente, pero notando miles de chispas estallando en su pecho. Una vez hubo salido, Sinclair miró hacia la puerta, guiñó un ojo… y

continuó oyendo la grabación.

Warren McManus y Carla Bonetti aparecieron poco después de las seis. Ella fue directa al bar y comenzó a preparar algo, mientras McManus se sentaba en un sillón y miraba plácidamente a Sinclair.

—¿Por qué no trabaja su secretaria, Sinclair?

—Se ha declarado en huelga —sonrió el novelista—. Hace mucho calor, y su piscina es muy tentadora, McManus.

—Supongo —frunció el ceño éste—, que está usted bromeando.

—En efecto —admitió Sinclair—. La verdad es que he pensado otra cosa, y quería consultársela. Creo que mi nuevo sistema sería más cómodo para todos.

—Interesante sugestión. ¿Qué sistema es ése?

—Convendría que usted me lo contase todo, señor McManus. De principio a fin… Ya sé que se olvidará algunas cosas, y que cuando las recuerde estará alterada la cronología de los hechos, pero no importa, ya que una vez tengamos el primer borrador, yo lo ordenaré todo. Lo interesante sería que usted lo dictase todo, absolutamente todo, a fin de que yo tuviera una completa visión de conjunto. De este modo, no sólo quedaría usted ya libre de trabajo, por decirlo así, sino que yo vería la… novela en una perspectiva completa, que me ayudaría a darle el tono debido a la narración. Una vez lo tuviésemos todo grabado, mi secretaria y yo podríamos instalarnos en un dormitorio vacío, y así no les fastidiaríamos con nuestra presencia, la audición de las grabaciones, el tecleo de la máquina… Cómoda para nosotros…, y muy conveniente para darle a la obra el toque adecuado desde el principio. ¿Qué le parece?

—Pues me parece que usted es un muchacho inteligente, Sinclair.

—¿Está de acuerdo, entonces?

—Por completo. La idea me gusta. Así podré ir viendo lo que ustedes escriben, y dándole indicaciones si fuese necesaria. ¿Cuánto calcula que tardaría en pasarlo todo a máquina?

—Bueno… Trabajando los dos, y contando con que Ophelia escribiría el triple que yo, es decir, unas seis páginas por ahora, y yo dos… Veamos… Ocho páginas por hora… Quizá en tres o cuatro días tuviésemos unas doscientas cincuenta, lo cual no está mal para un libro.

—Será más extenso —sonrió secamente McManus—, pero acepto

su ritmo de trabajo.

—Muy bien. —Sinclair señaló el magnetófono—. Cuando usted quiera, podemos…

—Mañana, Sinclair. Por hoy ha sido suficiente.

—Fantástico. Entonces, creo que me reuniré con Ophelia en la piscina. Hasta luego.

—Hasta luego. Ah, Sinclair, vea si hay alguno de los muchachos por ahí fuera, y envíemelo, por favor. —Sí, con gusto.

* * *

Media hora más tarde, sentado en el borde de la piscina, junto a Ophelia Gold, pero ignorándola a pesar del tremendo bikini que lucía, el novelista veía salir de la casa a tres guardaespaldas: Morton, Carpenter y Loomis. Debían ser la fuerza de choque. Los vio dirigirse al garaje, y poco después salían en el «Lincoln»…

—¿Adónde deben ir? —musitó Ophelia.

Charlie Sinclair sonrió secamente.

—De cacería… Pero no encontrarán las piezas que buscan.

* * *

Efectivamente. Los tres guardaespaldas regresaron después de la cena, casi a las diez de la noche. McManus, Carla, Ophelia y Sinclair estaban en el *living*, medio distraídos con la televisión y tomando unos tragos. Warren McManus fue a la puerta cuando los vio aparecer allí, y estuvo escuchando con el ceño fruncido las explicaciones de Jerry Morton, haciendo preguntas…

Charlie Sinclair parecía en aquellos momentos más interesado por la televisión que en toda la noche. Pero, de reojo, veía la expresión contrariada de McManus, las negativas de Morton, sus gestos de ignorancia respecto a algunas preguntas que le hacía McManus… Por fin, éste regresó al sofá, junto a Carla Bonetti. Sus ojos se clavaron en la pantalla pero, evidentemente, no veía lo que sucedía allí, ni le importaba lo más mínimo.

# CAPÍTULO XII

Durante todo el día siguiente, Warren McManus *se* dedicó a relatar su historia, y la de la Delictual Limited Society, en todos sus detalles. Durante horas y horas, como enfebrecido, estuvo hablando, sin descansar… Junto a él, Carla Bonetti, la horrorizada Ophelia Gold y el impávido novelista, que lo aceptaba todo en silencio, sin exclamaciones, sin comentarios. Durante horas y horas, el veneno fue brotando de labios de Warren McManus. En realidad, era veneno sobre veneno… Todo estaba envenenado… Todo cuanto contenía aquella larguísima grabación que ya llenaba cuatro carretes de pista doble, era puro veneno mortal. Nadie se salvaba allí, empezando por el propio McManus. Pero él no era el peor de todos, no… Nombres y hechos fueron quedando grabados en las cintas. Nombres, hechos espeluznantes, trucos asombrosos, contrabandos increíbles, direcciones, nombres de barcos, números de teléfono…

Aquel día, nadie durmió la siesta, ni siquiera los guardaespaldas de McManus, que estuvieron vigilando afuera, paseando por el jardín, nadando en la piscina… Apenas dedicaron media hora al almuerzo. Carla servía bebidas, procuraba cigarrillos, contestaba algunas preguntas de McManus… Horas y horas para conseguir una grabación de hechos increíblemente monstruosos, desde golpear a una muchacha y luego inyectarle morfina durante siete días seguidos, para luego convertirla en morfinómana y que ella misma fuese a ofrecerse con tal de conseguirla, a la ejecución de personajes importantes que se habían negado a formar parte de la DLS.

Casi a las siete de la tarde, el relato terminaba, con la explicación de la voladura del yate de McManus, y cómo éste, herido por una sola bala, había conseguido engañar a los asesinos

de las lanchas, llegar junto a la costa y escapar a México, donde tenía amigos que le habían contratado en Los Ángeles a Morton, Loomis, Fabesham, Barrows y Carpenter, y alquilado la villa donde estaban… Todo eso, con el dinero que McManus había tenido la precaución de ir enviando a un Banco de México desde tiempo atrás, como si hubiera intuido que alguna vez se encontraría en aquel apuro… Todo. Todo quedó allí, para asombro y terror de Ophelia Gold, la única que parecía impresionada.

Por fin, a las siete, McManus dio por terminada la grabación, y salió a dar un paseo, con Carla Bonetti.

Cuando quedaron solos, Ophelia tartamudeó:

—Dios mío… Es horrible… No puedo creerlo…

—Pues yo —sonrió fríamente Sinclair— más bien creo que se ha olvidado algunas cosillas. Ya las recordará.

—Ese hombre… Ese hombre nos matará, no nos dejará marchar de aquí sabiendo todo esto…

—No digas tonterías, nena —refunfuñó Sinclair—. Si está dispuesto a publicar todo esto en un libro, ¿por qué le ha de preocupar que lo sepamos nosotros? Además, nos necesita… por ahora.

—¿Y luego?

—Nos necesitará en todo momento, supongo. Aunque me pregunto qué necesidad hay de darle estilo literario a esta narración. Con las cosas que contiene, basta con contarlas, de cualquier modo.

—¿Qué pasará cuando esto se publique?

—Pues nosotros… —Sinclair sonrió—. Quiero decir, que el FBI va a tener un largo, pesado, durísimo, agotador… y formidable trabajo: pasar la escoba por California.

—¿La… la escoba?

—Una escoba especial. ¿Qué tal si nos ponemos a trabajar a la máquina de escribir, preciosa mía?

—¿Ahora? ¡Son las siete!

—¿De la mañana o de la tarde?

—¡De la mañ…! ¡Oh, se está burlando de mí!

—Se nota que eres secretaria de un novelista: tienes una portentosa perspicacia. Empezaremos por trasladar todos los bártulos estos a un dormitorio desocupado de esta formidable villa.

—¿A un… dormitorio… desocupado?

—Bueno —gruñó Sinclair—, podemos sacar la cama de allí. Para dormir ya tenemos las nuestras… individuales.

Ophelia enrojeció, pero Sinclair ya no le hacía el menor caso. Como si fuese una bomba que podía estallar en cualquier momento, cargaba ya con el magnetófono que contenía la última cinta grabada, tras haber colocado encima las otras. En la puerta del *living* se volvió, y miró con irritación a la turbada muchacha.

—Supongo que te pago un sueldo para algo, cariño. ¡Venga, a trabajar! La noche es larga… y aburrida.

# CAPÍTULO XIII

Durante aquella noche hasta las dos de la madrugada, durante todo el día siguiente y la mañana del otro, dos máquinas de escribir estuvieron tecleando continuamente en uno de los dormitorios desocupados de la villa, pasando al papel el contenido de las cintas magnetofónicas. Al final, el rumor de la voz de McManus hablando por partida doble, y el de las dos máquinas de escribir, se convirtió en un monótono e inevitable sonido de fondo.

Finalmente, al segundo día por la tarde, hacia las cinco, el novelista apareció en el *living*, con un montón de folies mecanografiados, que dejó sobre una mesita, delante de Warren McManus, recién levantado de la siesta.

—¿Quiere un *whisky*, señor McManus? —propuso Sinclair.

—No.

—Yo, sí, con su permiso. Creo que tengo que celebrar la palabra FIN.

—Y, por tanto otros cincuenta mil dólares —sonrió McManus.

—Cien mil en total, puesto que todavía no he cobrado un cochino centavo. —Sinclair se sirvió una pulgada de *whisky* y llenó el vaso de soda. Miró de pronto a McManus, como alarmado—. Espero que no tendrá usted ideas… brillantes respecto a esos cien mil dólares.

McManus hizo pasar el mazo de folios entre sus dedos. Sonrió, salió del *living* y regresó un par de minutos después, cuando Sinclair había encendido ya un cigarrillo y parecía a punto de dormirse de agotamiento. McManus puso en Sus rodillas un paquete envuelto en hojas de periódico.

—Puede contarlos, Sinclair.

—Estoy demasiado cansado para eso. ¿No quiere leer su obra?

—Le echaré un vistazo.

Durante diez minutos, McManus se dedicó a leer algunas páginas, salteadas. Por fin, miró al novelista fruncido el ceño.

—Está tal como yo lo dicté, según parece.

—¿No le gusta?

—Para ese trabajo, Sinclair, me bastaba con una mecanógrafa…, que me habría costado bastante menos de cien mil dólares.

—Sin duda. Pero he tenido otra idea. Bueno, en primer lugar, considere eso como un borrador hecho a toda prisa. De ahí saldrá la novela, en estos próximos días… Hay que darle el ambiente adecuado, sacar partido de algunas situaciones, dividirla en capítulos y épocas que marquen su progresiva prosperidad, hacer anotaciones respecto a la DLS, dar color a algunos personajes muy interesantes… Pero…

—¿Sí?

—Verá usted, McManus. Publicando esto, corremos el riesgo de que nadie se lo crea. Es todo tan… extraordinario. Por tanto, se me ha ocurrido una idea que requiere su colaboración. En primer lugar, conteste a esta pregunta: ¿realmente quiere usted hundir definitivamente a la DLS, y a usted mismo, por consiguiente?

—Sí.

—Entonces escuche mi idea: el libro será doble. Seguramente una vez editado, tendrá unas… mil páginas.

—¿Tantas?

—Quizá más. Ya le digo que será doble. Quiero decir con ello que ofreceremos al público dos versiones, en un solo tomo. Una de las versiones será mi novela, sobre estos hechos auténticos. La otra versión será la suya propia, tal como la dictó, con sus vacilaciones, sus dudas de fechas, sus retrocesos cronológicos… Tal come está. Y para que nadie dude de que lo que contiene la novela y la versión de usted es absolutamente cierto, cada una de estas páginas irá firmada por usted mismo.

—¿Qué ganaríamos con esas firmas? En la imprenta no podrían reproducirlas…

—Oh, si… Ésa es una cuestión editorial que se resolverá por medio de la fotolitografía.

—¿Cómo funciona eso?

Sinclair mostró una expresión aterrada.

—¿Me va a obligar a explicarle lo que es la fotolitografía? —exclamó.

—Bueno. Quizá no sea necesario. Firmar cada una de las páginas, para que nadie dude… Y mi firma saldría en cada página del libro —entornó los ojos, divertido—. ¿Sabe que tiene usted ideas formidables, Sinclair?

—Vivo de eso.

—Claro… De acuerdo, firmaré estás páginas.

—Tómeselo con calma —aconsejó amablemente el novelista—. No creo que usted esté acostumbrado a firmar autógrafos. ¿Le importaría que fuese a dar un paseo por la ciudad? Quisiera dejar el dinero en un lugar seguro. Quiero decir —aclaró— un lugar fácilmente accesible para mí.

—¿Qué lugar es ése?

—Se lo entregaré a un amigo, diciéndole que son… cuartillas mecanografiadas. ¿Puedo llamar por teléfono?

—¿A quién?

—Pues a mi amigo. Y no se moleste en hacerme advertencias. Estoy al corriente de todo, y lo único que quiero es que usted quede contento de mí y largarme a disfrutar los cien mil dólares. Lo llamo, le digo que me espere en algún sitio, le doy el paquete, y vuelvo. Mientras tanto, usted puede ir firmando.

—Loomis irá con usted.

—Muy bien. —Sinclair se puso en pie, sonriendo ceñudamente —. ¿Sabe una cosa, McManus?, hasta este momento, estaba convencido de que usted iba a jugar sucio conmigo.

—Cien mil dólares más o menos no me solucionan nada, Sinclair. Y usted me ha caído bien. Procure no tardar demasiado.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Adiós.

# CAPÍTULO XIV

Cuando Charlie Sinclair regresó, siempre acompañado de Loomis, éste miró a McManus y asintió con la cabeza, indicando que todo había ido bien, y que el novelista se había portado como un chico educado. La bella Carla miraba con interés contenido al novelista, pero, evidentemente, no tenía nada que decir. Ophelia Gold, en bikini y albornoz, leía una revista, y alzó furtivamente los ojos para mirar a Sinclair.

—Ahí tiene las cuartillas firmadas, Sinclair. Supongo que las necesita.

—Desde luego. Mañana, Ophelia y yo empezaremos la versión novelada. Han sido dos días espantosos.

—¿Qué dijo su amigo?

—¿Mi…? Oh, nada. Ya está acostumbrado a mis extravagancias. ¿Cenaremos o no?

—Espero que sí. Loomis —miró al guardaespaldas—. Carpenter y Morton te están esperando. Ya sabéis lo que tenéis que hacer: lo mismo de estos días. Y aseguraos bien de que no están donde os dije. Empiezo a cansarme de esperar.

Loomis asintió con la cabeza y se fue. Sinclair se había sentado en un sillón y estaba encendiendo un cigarrillo, con la mirada fija en las cuartillas firmadas. Nadie tenía nada que decir. A las ocho cenaron. A las diez, el novelista y su secretaria bostezaban tanto que McManus sugirió, amablemente:

—¿Por qué no se acuestan? Están durmiéndose en el sillón.

Sinclair alzó una mano.

—Se admite la protesta…, digo la sugerencia. Buenas noches a todos.

—Yo… yo también iré a dormir —musitó Ophelia.

—Y yo —dijo Carla.

McManus había aceptado con indiferencia la retirada de Sinclair y Ophelia, pero miró sorprendido a la Bonetti.

—¿Te ocurre algo?

—Nada —sonrió ella—. Pero tengo sueño. Llevamos unos días sin dormir la siesta, y de noche el calor no me deja dormir lo que quisiera… Pero necesito intentarlo. ¿Subes, Warren?

McManus vaciló un instante.

—No… Me quedaré aquí, por ahora.

—Hasta luego, entonces.

Carla Bonetti se acercó, le besó y se fue hacia la puerta, en la cual, Sinclair cedía el paso a Ophelia y luego a la Bonetti. Cuando el novelista iba a salir, McManus le llamó.

—Sinclair.

—¿Sí?

—¿Puede quedarse usted unos minutos?

—Desde luego.

Se acercó a McManus, con el montón de cuartillas bajo un brazo. McManus esperó a estar solos sin lugar a dudas para musitar:

—Respecto al título de la novela, del libro… He cambiado de opinión. Creo que debería llamarse *Salud, Dinero… y Amor.*

—Entiendo. Lo celebro por usted, McManus… Es bueno que se encuentre una esperanza en la vida, y parece que Carla es esa buena esperanza para usted, ese amor. Sin embargo, creo que era mucho mejor el otro título: *Salud, Dinero… y Dolor.*

—¿Por qué?

—No sé. Es más adecuado. Tenga en cuenta que todo el contenido del libro es un auténtico dolor hacia muchas personas. Incluso para usted mismo, hay muchas cosas dolorosas en él. Usted tiene dinero, tiene salud…

—También tengo amor.

—¿Quién lo duda? Pero también tiene dolor… Y a la gente le interesa más el dolor que el amor de su prójimo. De todos modos, es usted quien debe decidirlo.

—Bien… Lo pensaré de nuevo. Buenas noches, Sinclair.

—Buenas noches.

# CAPÍTULO XV

Casi se había dormido, a pesar de los esfuerzos para evitarlo. Pero lo despertó el suave sonido del motor. Abrió los ojos, sobresaltado, y se sentó en la cama. Miró su reloj luminoso: las doce y cuarenta minutos de la noche.

Se puso en pie, fue a la ventana y apartó la persiana. Vio el coche delante de la casa, y a Carpenter apeándose. Del asiento de atrás salieron, uno por cada puerta, Morton y Loomis. Llevaban las pistolas en las manos y apuntaban hacia el interior del coche, del cual todavía se apearon dos hombres más.

—Los cazaron, por fin…

Sacó rápidamente la maleta, y del doble fondo la radio diminuta.

—¡Stan! ¡Los han traído al fin! —increpó—. ¿Por qué?

—No se les pudo retener más tiempo, Glenn. Tuvieron que soltarlos.

—Pues están aquí ahora…

—Lo sé. Lo hemos visto. ¿Cómo va todo? ¿Intervenimos ya?

—No sé… Espera aún. Oye, te voy a enviar a la Ophelia Gold, con un montón de páginas que valen su peso en sangre humana. Espero que la chica logre salir, de modo que estad atentos para ayudarla si es necesario. Presiento que se acerca el final.

—¿Qué quieres decir?

—Que McManus tendrá que poner de nuevo el otro título.

—¿Qué otro título? —aulló Stan.

—*Salud. Dinero… y Dolor*. Si esos hombres hablan, tengo la impresión de que van a causarle mucho daño. Luego te…

Cerró la radio y se volvió velozmente hacia la puerta, llevando la mano a la pistola. Pero no llegó a sacarla. Quien había encendido

la luz era Carla Bonetti, que cerraba rápidamente la puerta tras ella. En seguida, dio la luz, y Sinclair pudo ver su absoluta palidez, el temblor de sus labios y manos. La pequeña radio fue a parar rápidamente al bolsillo del pijama del novelista.

—¿Qué hace aquí, Carla? ¿Qué quiere?

—Señor Sinclair… Tiene que ayudarme… —gimió ella—. ¡Tiene que ayudarme!

—¿A qué?

—A salir… A escapar de aquí… ¡Se lo suplico, tiene que ayudarme!

Sinclair la miró, entornados los ojos en una dura expresión. Carla Bonetti estaba en camisita de dormir, poco más o menos de la transparencia del cristal, pero al novelista no parecía importarle eso lo más mínimo.

—¿Por qué quiere marcharse… sin que lo sepa McManus?

—Tengo miedo… Han capturado por fin a esos dos hombres; no sé lo que ellos dirán, pueden engañar a Warren… ¡Sé que lo engañarán, y él querrá matarme!

—Tranquilícese. No creo que McManus haga eso. Y ahora…

Carla se acercó a él y se le abrazó fuertemente con desespero, colgándose de su cuello.

—Sáqueme de aquí —tembló su voz—. Le daré más dinero que Warren, le daré… lo que me pida.

—¿Todo lo que le pida? —susurró Sinclair.

—Absolutamente todo. He visto una pistola en su maleta, Sinclair. Usted… usted parece un hombre capaz de cualquier cosa… Yo le ofrezco todo lo que soy y tengo. Podemos marcharnos juntos, seré su esclava, haré lo que…

La puerta se abrió otra vez, y Ophelia Gold apareció en el umbral, excitada, también en camisita de dormir, un poco más discreta que la de Carla Bonetti. Llevaba la boquita abierta, a punto de decir algo, pero quedó clavada en el suelo al ver al novelista y a la Bonetti, ella colgada del cuello de él, con la boca en alto, como ofreciéndola temblorosamente. Primero, Ophelia Gold enrojeció. Luego quedó pálida. De pronto, dio media vuelta y volvió al pasillo… Sinclair se desasió del abrazo de Carla, corrió al pasillo, sujetó a Ophelia por un brazo y, sin darle tiempo a resistirse, la metió dentro de su dormitorio, casi derribándola.

—¿Querías decirme algo, amor mío? —sonrió secamente, cerrando la puerta.

—No.

—Oh, vamos… Supongo que venías a mi dormitorio para algo… concreto, ¿no es así?

—Solamente a decirle que han traído a esos dos hombres. Me pareció que debía interesarle.

—Me interesa tanto, que ya estaba yo pendiente del asunto, y vi la llegada. Y no he sido el único. Al parecer, todos estábamos pendientes del éxito de la… del «safari» de Loomis, Morton y Carpenter.

—No lo creo yo así.

—Ah… Entiendo —miró de soslayo a Carla—. Bueno, Ophelia querida, tienes que comprender que no todas las mujeres son tan… ariscas como tú, y un hombre, pues… tiene que arreglárselas como pueda. ¿De verdad no querías nada más?

—¿De usted? Ya le dije hace días que…

—¡Carla! —Se oyó la voz de McManus, abajo—. ¡¡Carla!!

La Bonetti se volvió hacia Sinclair, con ojos desorbitados. El novelista la asió de un brazo y la sacó de un tirón fuera del dormitorio.

—Conteste… —susurró—. ¡Conteste!

—¡¡CARLA!! —Se oyó de nuevo a McManus—. ¡Baja en seguida!

—¡Ya… ya bajo, Warren…!

De nuevo se volvió hacia Sinclair, pero éste había cerrado la puerta, apoyando la espalda en ella, para que no pudiera ser abierta fácilmente.

—Será mejor que yo también salga —dijo Ophelia—. Apártese.

—¿Por qué no te callas un segundo, maldita sea? —masculló Sinclair—. Y no insistas en salir, pues te quedarás aquí aunque tenga que golpearte.

Le volvió la espalda, apagó la luz y abrió la puerta media pulgada. Vio a Carla saliendo de su dormitorio, poniéndose apresuradamente una bata casi decente. La vio mortalmente asustada, pero no sintió la menor piedad. Esperó a que ella desapareciera del pasillo, y entonces acabó de abrir la puerta, tomó a Ophelia de un brazo y la llevó al dormitorio de la muchacha.

—Vístete —dijo—. Vuelvo en seguida.

Salió del cuarto. Cuando volvió, con el montón de folios mecanografiados en una mano, Ophelia se había puesto ya una falda, y tenía la cabeza metida dentro de un jersey, en alto los brazos. Cuando sacó la cabeza, vio ante ella al risueño novelista, que comentó:

—Siempre me gustaron los sujetadores rojos: dan ambiente de pasión volcánica, ¿no es cierto? ¡Nada de zapatos! ¡Irás mejor descalza! —Le arrebató los zapatos de Ophelia y le puso en las manos el montón de folios escritos y firmados por McManus—. Ahora escúchame bien, querida Ophelia: vas a salir de la casa, como sea, y luego de la villa; no tienes que preocuparte de nada más, ¿entiendes? Sólo sal de la casa, sin que nadie te vea, cruza el jardín, sal a la avenida y echa a correr… Ése será el final de tu trabajo, y ya no tendrás que soportarme más, Buena suerte.

—¿Y usted? —murmuró Ophelia.

—Ocúpate de tus asuntos, encanto.

—Debería… debería venirse conmigo…

—Me gusta más Carla Bonetti. —Sinclair se asomó y le hizo señas para que saliera al pasillo—. Ahora, yo miraré si pueden verte bajar la escalera. Bajaré antes que tú. Si me oyes silbar, regresa inmediatamente al dormitorio y espera otra oportunidad. Si dentro de diez segundos no has oído nada, baja a toda prisa, sal de la casa, y todo lo demás. Adiós, bella y antipática Ophelia.

—Usted está loco…

—De amor por ti. ¡*Ciao*!

Se lanzó escaleras abajo antes de que ella pudiera decir nada. Oyó en seguida ruido en el *living* y fue hacia allá, lentamente, esperando que transcurriesen los diez segundos antes de entrar. Cuando miró hacia arriba, vio a Ophelia en lo alto de la escalera, pálida, muy abiertos los ojos. Le hizo una seña perentoria hacia abajo, y él entró tranquilamente en el *living*, sin alterarse demasiado ante el espectáculo…

## Capítulo XVI

Warren McManus hundió de nuevo el puño en el estómago del hombre que sujetaban Loomis y Carpenter. En el suelo estaba el otro prisionero, con la cara llena de sangre que había brotado de su reventada nariz.

—Lo diréis —jadeó McManus, descargando un nuevo puñetazo en el vientre del hombre—. ¡Me lo diréis, cerdos!

Al siguiente puñetazo, el hombre se relajó, de modo que quedó colgando de los brazos de Loomis y Carpenter, los cuales miraron interrogativamente a McManus, que ordenó:

—¡Llevadlos abajo! ¿Qué hace usted aquí, Sinclair?

El novelista sonrió inexpresivamente.

—Me pareció que podría ser útil.

—Pues acertó. Ayude a Morton a bajar a Waverly a la bodega… ¡Vamos! ¿Qué espera? Tú ven también, Carla.

—Warren… No… Yo… yo preferiría no… no ver esto… Te lo ruego… Nunca me obligaste a intervenir…

—Está bien. Ve al dormitorio. Luego te diré lo que ellos hayan dicho. Ya has hecho bastante con identificarlos. Vuelve arriba.

—Sí… Sí, Warren… Estaré allí…

—Yo también subiré a mi dormitorio —dijo Sinclair—. Olvidé algo allí.

—¿Qué cosa? —Gruñó Morton.

—La dentadura postiza y el ojo de cristal; están en el vaso que…

—¡Déjese de bromas ahora, Sinclair! ¡Y ayude a Morton!

—Es que estoy en pijama…

McManus sacó su pistola, furiosamente.

—¡No me haga perder la paciencia, Sinclair!

—Creo que ayudaré a Morton —dijo el novelista.

Asió los pies del hombre tendido en el suelo; Carpenter y Loomis ya se llevaban al otro. Fabesham y Barrows no se veían por ninguna parte…, y Carla subía la blanca escalinata.

Fueron a la cocina, en la cual estaba la puerta que llevaba a la bodega. Abierta la puerta por McManus, se vieron unos peldaños de piedra, que descendían. McManus encendió la luz y señaló hacia abajo con la pistola. Fue el último en bajar. Bajo sus indicaciones, Aaron Waverly y Lee Bascomb fueron atados a sendos barriles, de un modo espectacular, pero muy eficiente, con muchas vueltas de cuerda vieja, casi podrida, pero que aún soportaría las escasas fuerzas de los dos prisioneros. El ambiente era fresco y húmedo.

—Me voy a resfriar —dijo Sinclair—. Será mejor que suba a buscar algo para…

—Usted se queda aquí, Sinclair.

—McManus, recuérdelo: yo soy sólo su novelista, no su cómplice. Por tanto, no quiero saber nada de hechos actuales. Quiero que lo entienda bien: mi conciencia…

—¡Cállese ya! —Gruñó Loomis—. ¡Me fastidian estos tipos tan idiotas!

—No se hable más —masculló McManus—. Sube a la cocina a buscar agua, Loomis.

—Sí, señor.

Wendell Loomis regresó muy pronto, con un cubo de agua, que repartió entre Lee Bascomb y Aaron Waverly. Los dos se agitaron, abrieron un poco los ojos… Dos violentísimas bofetadas a cada uno, propinadas por Carpenter y Morton, acabaron de despertarles, con brusco sobresalto… Dos segundos más tarde, sus ojos estaban fijos en Warren McManus, que, a su vez, miraban malignamente de uno a otro.

—Muy bien, muchachos… Espero que se os haya pasado la sorpresa.

—Warren… —jadeó el guapo Waverly—. Warren, estás cometiendo un error…

—¿Eso crees, Aaron?

—Escucha… Escúchame, por favor… Creíamos que habías muerto, nos propusieron continuar trabajando en nuestro grupo… ¿Qué podíamos hacer, sino obedecer…?

—Aaron —dijo fríamente McManus—, te voy a matar. Lo haré

antes de un minuto si no me dices la verdad.

—¡Es lo que estoy tratando de hacerte comprender desde que nos han traído aquí! —chilló furiosamente Waverly.

—Bien… Muy bien, Aaron: adelante. Dime esa verdad… ¿Por qué me traicionaste? ¿No estabais bien conmigo? ¿No os había prometido que cuando fuésemos independientes de la DLS os…?

—¡Estás loco! ¡Fue Carla quien te traicionó! ¡Fue ella, no nosotros! ¡Ella…!

—¡Calla! —rugió McManus.

—¡Fue ella! ¡Fue Carla quien te vendió, a ti, a tus hijas, a…!

—¡Cállate!

McManus se abalanzó contra Waverly, pistola en mano, y comenzó a golpearle furiosamente, en la cabeza, en el pecho, en la boca…, y, mientras tanto, Waverly continuaba chillando que había sido Carla Bonetti quien le había traicionado.

Sinclair había intentado intervenir, pero Loomis y Carpenter le sujetaron con fuerza los brazos. Sin embargo, cuando vio que McManus, loco de furia, perdido ya el dominio de sí mismo, se apartaba de Aaron Waverly y apuntaba con la pistola a la ensangrentada cabeza del presunto traidor, no pudo evitar intervenir. Se desasió bruscamente de los brazos de los matones, y empujó a McManus justo en el momento en que éste disparaba… La bala salió desviada, y abrió un diminuto orificio en una cuba, de la cual comenzó a manar, en gracioso chorrito, el rojo caldo.

Para entonces, los tres matones se habían lanzado ya contra el novelista, que recibió el primer porrazo en plenos riñones, propinado por Morton con ambas manos juntas, y la pistola en ellas. Fue un trastazo capaz de partir una viga, pero Sinclair solamente se dobló, lanzando el vientre hacia afuera, para caer de espaldas. Inmediatamente, el pie derecho de Loomis fue hacia su hígado, con satánica ferocidad, dispuesto a causar destrozos… Pero una de las manazas de Sinclair asió el pie y, aunque torpemente, no sólo evitó el golpe, sino que derribó a Loomis de espaldas, con gran sonido de cabeza hueca contra el suelo.

Uno de los zapatos de Carpenter se cernió sobre su rostro, pero el patadón fue a dar en el suelo, mientras Sinclair se alejaba, rodando, todavía pálido, envarado por el brutal dolor que sentía en los riñones.

Consiguió ponerse en pie justo a tiempo de recibir a Morton con un derechazo en plena boca que tiró al guardaespaldas velando más de tres yardas, desarmado, casi desvanecido, salpicando sangre a todos lados, sin fuerzas ni siquiera para gritar. Cayó sobre una vieja caja de madera podrida, rompiéndola, reventando botellas, aullando cuando los trozos de vidrio se clavaron en su espalda.

Loomis y Carpenter volvían ya a la carga, por los lados. Loomis consiguió asir un brazo y el cuello de Sinclair, pero éste lanzó el codo hacia atrás, con tal fuerza que se oyó el crujir de las costillas de Loomis un instante antes de su agudo alarido de dolor. Delante de Sinclair quedó Carpenter, aterrado, dispuesto a usar la pistola… Un revés de la mano derecha, terrorífico, lanzado con velocidad centelleante por Sinclair, le partió la nariz como si fuese de galleta, le obligó a girar y dar de bruces contra una de las cubas… En unos pocos segundos, pareció que por la bodega hubiese pasado un vendaval, un extraño ciclón que había arrasado todo… Loomis, Carpenter y Morton gemían en el suelo, como aplastados por aquellos pocos golpes.

Pero cuando Charlie Sinclair se volvió hacia McManus éste le apuntaba con la pistola desde un rincón, en silencio, congelados los ojos en una sentencia de muerte…

Y, al mismo tiempo, la puerta de la bodega se abría.

McManus no miró hacia allí, pero sí lo hizo Sinclair, jadeante. Lo que vio fue peor que el porrazo recibido en los riñones: Ophelia Gold, empujada sin contemplaciones hacia abajo por Pete Fabesham. La joven tenía las mejillas extraordinariamente rojas, de modo que destacaban lívidamente las huellas de unos dedos gordotes y fuertes. En las manos, empero, tenía todavía el montón de cuartillas.

Se quedaron mirándose los dos, desalentados. Por fin, Sinclair encogió los hombros y bajó sus destructores puños, suspirando.

—*Okay* —masculló—. Así son las cosas.

Fabesham se había hecho cargo de la situación inmediatamente, y miraba a Sinclair esperando anhelante que McManus le diese la orden de disparar, para cobrarse el puñetazo en la nariz de noches atrás.

McManus pareció recuperar en un instante su sangre fría.

—¿Qué ocurre, Fabesham?

—Esta jovencita quería marcharse de la villa, señor.

—Baje —relampaguearon los ojos de McManus—. Baje con las páginas esas, señorita Gold. ¿Qué intentaba usted?

—Marcharse —dijo Sinclair—. Yo se lo ordené, McManus.

—¿Si?

—Ajá.

—¿Con las cuartillas? ¿Por qué, Sinclair?

—Sabía que habría jaleo aquí esta noche, y quería ponerlas a salvo, eso es todo.

—¿A salvo? No comprendo… ¿En beneficio de quién?

—Bueno… Sería muy largo de contar, se lo aseguro.

—No le crea ni una palabra, señor McManus —deslizó pérfidamente Fabesham—. Este tipo se trae algo entre manos, sé que está tramando algo… Le dije que no me gustaba, y lo repito ahora.

—Cierra la boca —ordenó McManus—. ¿Y bien, Sinclair? ¿Qué está tramando exactamente?

—Sólo quería poner a salvo el manuscrito.

—Está mintiendo —dijo Fabesham—. El no…

—¡Cállate, Fabesham!

Warren McManus se quedó mirando torvamente al novelista, y, poco a poco, su ceño se fue frunciendo. Ophelia se había acercado a Sinclair, roja la cara a bofetadas, asustada como nunca en su vida. Instintivamente, una de sus manitas buscó una de Sinclair, aferrándose allí fuertemente, crispada.

Carpenter se había puesto ya en pie, y estaba ayudando a Morton, mientras Loomis conseguía hacerlo por su propia cuenta, pero encorvado lastimosamente. Ya juntos los tres, sus miradas parecieron querer taladrar a Sinclair, reflejando claramente el rencor hacia el hombre que en menos de diez segundos los había dejado maltrechos y fuera de combate. Loomis consiguió inclinarse hasta recoger su pistola, y miró a McManus, que movió negativamente la cabeza.

—Atadlos. A los dos, Loomis.

—Sería mejor…

—Yo diré en todo momento lo que es mejor y peor, Loomis.

—Sí, señor.

Sinclair y la preciosa secretaria rubia fueron atados con

abundancia de cuerda casi completamente podrida, pero que de momento servía para los propósitos de McManus. Fueron derribados de sendos empujones, y, a continuación, sádicamente, Loomis atizó un punterazo al estómago de Sinclair, que soltó un gemido y se venció hacia delante, quedando inmóvil…

—Ya basta, Loomis. Hay pendiente otro asunto que ahora me interesa más. Mucho más —se acercó a Waverly, que gemía débilmente, y le alzó la cabeza con el cañón de la pistola la barbilla —. ¿Me estás oyendo, Aaron?

Aaron Waverly tenía la cara y la cabeza llena de sangre, los ojos cerrados a golpes, partidos los pómulos… Pero su voz se oyó claramente en la fría y húmeda bodega:

—Fue… fue Carla… la que… la que…

Plop. Plop. Plop.

Aaron Waverly ni siquiera gritó al recibir los tres balazos disparados por McManus en pleno pecho. Solamente se estremeció a cada impacto, y, finalmente, quedó en paz con este cochino mundo. Seguramente en otro lugar le pasarían una factura más difícil de pagar, pero en este mundo sus deudas quedaron saldadas.

McManus movió la pistola, hasta que quedó encarada al feo y narigudo Lee Bascomb.

—¿Y tú, Lee? ¿Qué dices?

Lee Bascomb apartó los ojos de su amigo Waverly, miró a McManus y apretó los labios. No diría nada.

McManus le asió por la ropa, violentamente, congestionado el rostro en una mueca de furia.

—¡Te estoy preguntando, Lee!

—¿Para qué, Warren, si no crees la respuesta?

—¿Tú también dices que Carla? —Bascomb miró la pistola que empuñaba McManus, y éste comprendió—. No te mataré, Lee… Habla. ¿Tú también dices que fue Carla quien me traicionó?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar seguro de eso? ¡Me estás mintiendo, maldito seas…!

—Si eso te parece, me callaré.

—No… Ah, no, no… Nada de silencios, Lee… Dime lo que sepas. ¿Por qué dices que fue Carla? ¿Cómo te atreves a acusarla a ella, a lo único bueno que me ha quedado en la vida?

—Es una víbora, Warren. Aaron te decía la verdad. Carla os vendió a ti, a tus hijas, a todos los que estabais en el yate, por medio millón de dólares en efectivo y la quinta de Beverly Hills, con todo cuanto había en ella.

—No… No es cierto… ¡Eso ya lo pensé yo, pero no es cierto, no es cierto!

—Aún hay más, si quieres oírlo todo.

—¿Más? —Los ojos de McManus giraron en las órbitas con expresión de locura—. ¿Qué más? ¿Cuántas cosas más?

Sinclair había levantado la cabeza, y sus ojos habían mostrado una expresión mortecina, por unos pocos segundos. Ahora, como todos los presentes, escuchaba a Lee Bascomb.

—Los quinientos mil dólares fue un premio que le dieron a Carla por el chivatazo, Warren. Y la quinta de Beverly Hills. Pero ¿sabes por qué te delató ella?

—¿Por qué? ¿Por el dinero?

—Eso fue lo de menos, ya que esperaba ganar mucho más, sin tener que compartirlo con nadie, sin ser la oscura amante de un tipo como tú. Quería mucho más: la jefatura de tu grupo. Y aprovechó la ocasión… Supo hacerlo muy bien. Ella sabía lo que tú pretendías, avisó a un miembro de la DLS que ella conoce, y se lo dijo… Con ese chivatazo asqueroso, ella consiguió una quinta en Beverly Hills, coches, las joyas que le habías regalado, se deshizo de ti y tus hijas…, y consiguió lo que más ambicionaba: el poder, la jefatura de tu grupo, ingresos seguros y para ella sola cada año. Warren: ésa es la verdad. Aaron y yo estábamos a sus órdenes, ella ocupó tu lugar, por órdenes superiores. Se quedó a vivir en la quinta de Beverly Hills, y siempre tenía un pistolero o dos rondando por allí, por el jardín, o la piscina…

Warren McManus se sentó lentamente sobre un pequeño barril colocado verticalmente, en el cual estaba el montón de folios mecanografiados conteniendo la vida y crímenes del hombre que ahora se sentía, por segunda vez, traicionado por alguien a quien él amaba. Así tenía que ser… Desde el principio, la lógica apuntaba a Carla Bonetti… No debió creerla, no debió dejarse engañar por segunda vez…

El silencio era tétrico en la bodega. La luz de la bombilla solitaria y sucia que pendía del techo caía verticalmente sobre

Warren McManus, que parecía, de pronto, mucho más viejo y cansado. Pero había en sus ojos una brillante luz de odio cuando miró a Fabesham.

—Ve a buscarla —musitó—. Y la quiero viva, Fabesham. Bien viva, sí… Tráela. Pero no le digas nada de esto… Solamente tráela.

—Sí, señor.

Fabesham subía ya los peldaños de piedra, asintiendo con la cabeza, mientras McManus continuaba murmurando:

—Sí, tráela. Le preguntaré si es cierto que…

—Muy cierto, querido —se oyó la voz de Carla, en lo alto.

Inmediatamente, todos miraron hacia arriba, hacia el final del tramo de peldaños húmedos. Fue una visión inesperada, sorprendente, fugaz… Pero clarísima.

Carla Bonetti, todavía en camisita de dormir estaba allí, con una pistola enorme en la mano derecha, y la mano izquierda sujetando el pomo de la puerta de la bodega.

Y antes de que nadie consiguiese reaccionar, comenzó a disparar hacia Warren McManus.

# CAPÍTULO XVII

Solamente disparó tres veces, muy rápidamente…, y ninguna de las balas dio en el blanco elegido.

La primera de ellas destrozó la parte superior de la cabeza de Fabesham, empujándolo espectacularmente hacia atrás, en un salto acrobático y trágico. Pete Fabesham no debió haber empezado a subir los peldaños de piedra, interponiéndose así en el camino de las balas.

La segunda bala pasó rozando a McManus, que se tiraba al suelo en aquel momento; la bala dio un par de rebotes por dentro de la bodega, tañendo sonoramente, y de pronto se «calló», seguramente hundiéndose en la húmeda madera de uno de los toneles. La tercera bala dio a Loomis en la garganta, justo cuando éste acababa de volverse, alzando su pistola hacia Caria Bonetti, y lo tiró contra Carpenter violentamente, casi derribándolo antes de caer fulminado al suelo.

Eso fue todo.

Acto seguido, Carla Bonetti tiró del pomo hacia sí, saliendo del rellano alto de la escalera, hacia la cocina, cerrando la puerta de la bodega. Se oyó claramente el sonido de la cerradura, y durante un par de segundos pareció que todo quedase en suspenso, en silencio.

Pero, en seguida, se oyó la voz de Carla Bonetti:

—¡Warren! ¿Puedes oírme?

Warren McManus estaba ahora arrodillado, pistola en mano, descompuesto el rostro en una mueca de odio ferocísimo. Lee Bascomb, todavía atado miraba como hipnotizado hacia la puerta. Sinclair y Ophelia, sentados en el suelo y maniatados, parecían de piedra. Morton y Carpenter, ya pistola en mano, miraban expectantes a su jefe, que se puso en pie, lentamente.

—¡Warren! —insistió Carla.

—Te oigo, Carla —aseguró roncamente McManus.

—Pues escúchame bien: dentro de unos minutos vendrán mis amigos, y acabarán con todos vosotros. No podréis salir de la bodega, y ellos os acribillarán ahí dentro. Pero si queréis salir antes, podéis hacerlo: yo os espero aquí arriba, con la pistola del novelista… Ah, y olvídate de Barrows. Tuve que matarlo cuando me sorprendió telefoneando a mis amigos… No ha podido llamarlos estos días, pero llegó mi ocasión. Y esta vez, Warren, no escaparás. Yo me aseguraré de eso.

—Asegúrate bien, Carla. Asegúrate completamente, porque, si volvemos a vernos, te haré pedazos.

—No volveremos a vernos —rió Carla—. Pero tú verás pronto a tus estúpidas hijitas, Warren. ¡Irás a reunirte con ellas en el infierno, que es donde deben estar las muy imbéciles!

La lividez del rostro de McManus ante aquellas palabras fue impresionante. Parecía en verdad como congelado, petrificado para siempre. Durante unos segundos, permaneció así. De pronto, se volvió hacia Carpenter.

—Dame tu pistola —musitó.

Ray Carpenter se la entregó, en silencio. McManus la tomó con la mano izquierda y subió lentamente los peldaños, llevando su propia pistola en la derecha.

Se colocó ante la puerta, apuntó a la cerradura y comenzó a disparar: plop, plop, plop, plop, plop. La madera saltaba en miles de astillas, y cuando McManus dejó de disparar, la cerradura colgaba entre un montón de ellas, ya inservible, inútil en su cometido de mantener cerrada la puerta. Afuera se oyó, claramente, en el súbito silencio la exclamación de Carla Bonetti, y sus veloces pisadas alejándose…, llevando tras ella a Warren McManus.

Morton salió detrás, a toda prisa, dispuesto a colaborar con su jefe en la cacería de una fiera hembra. Carpenter, tras vacilar unos segundos, se inclinó para recoger la pistola de Loomis, sin duda dispuesto a hacer lo mismo que Morton.

Y, en aquel momento, Ophelia, que había visto a Sinclair con el cuello hinchado, crispada la boca, tensos los hombros, se quedó boquiabierta al ver cómo las podridas pero aún fuertes cuerdas se deshilachaban como si fuesen unas cuantas hebras de algodón. Las

manos y los brazos de Charlie Sinclair quedaron libres, y el novelista se puso en pie de un salto en el momento en que Carpenter se enderezaba tras recoger la pistola. Lanzó un grito agudo de incredulidad, de miedo…, y el patadón de Sinclair arrancó la pistola de su mano, lanzándola lejos.

—¡Morton! —aulló Carpenter—. ¡Sinclair ha…!

Mientras gritaba, adelantó las manos, en un vano intento de detener aquella atlética figura humana, que precisamente le asió ambas manos, las bajó, y, haciendo gala de una elasticidad muscular fuera de serie metió entre los cuatro brazos, golpeando a Carpenter en la barbilla, soltando simultáneamente las manos. Carpenter cayó de espaldas, rebotó, siempre chillando, y se tiró hacia la pistola. Una de sus manos cayó encima del arma, empezó a empuñarla… Charlie Sinclair cayó sobre su espalda, tenso el rostro, las manos como garras. Asió la cabeza del aullante Carpenter por la barbilla y la coronilla, y efectuó una seca presa fortísima hacia arriba con la mano que sujetaba la barbilla y hacia abajo con la que empujaba la coronilla. Se oyó un seco chasquido…, y Ray Carpenter, guardaespaldas de profesión, dejó de gritar… para siempre, roto el cuello como si se hubiese tratado de un fideo.

Arriba, en la casa, se oían disparos… Pero, mucho más cerca, se oía la llegada de Morton, gritando a Carpenter que iba en su ayuda. Cuando apareció en la puerta, Charlie Sinclair estaba todavía sentado en la espalda de Carpenter, pero iniciando ya el salto, como si quisiera llegar al techo. No fue necesario tanto. Llegó con facilidad a la bombilla, que destrozó de un puñetazo, dejando a oscuras la bodega…, mientras las dos balas disparadas por Morton rebotaban en el húmedo suelo. Morton disparó dos veces más, pero ya con muy pocas posibilidades de éxito; muchas menos que las que había tenido al disparar a plena luz contra el atleta bronceado que se movía como un relámpago, imposible de controlar.

Ophelia ya no pudo resistir más la tensión, el espanto, y abrió la boca, dispuesta a gritar con todas sus fuerzas, a desahogar su terror sin tener en cuenta si ello podía proporcionarle un balazo. Pero una manaza enorme tapó su boca, ahogando el grito, congestionándola. Se sintió alzada, apartada de allí velozmente, para ser depositada en otro lugar a los pocos segundos.

—Sssttt —oyó junto a su oído—. No grites, amor. Silencio.

Se oyó un disparo apagado, el clásico «plop» de arma con silenciador, y Ophelia oyó en seguida por encima de ella el impacto de la bala en madera blanda. Luego, un ruidito extraño, que tardó un par de segundos en identificar: otro chorrito de vino o licor que brotaba de una de las cubas, para caer al suelo.

Y de pronto se dio cuenta de que la oscuridad no era completa en la bodega, ya que llegaba el resplandor de la luz de la cocina. No hasta donde ella estaba, sino cerca, al otro lado de algo que la protegía de la entrada: más cubas de vino.

El rumor a su lado le indicó que Charlie Sinclair se alejaba. A los pocos segundos, oía un fuerte ruido en un rincón de la bodega, y como respuesta un par de disparos en lo alto de la escalera… Como respuesta a estos disparos, uno solo, que sonó a ras del suelo. Luego, dos disparos más, y un gemido que cesó bruscamente…

—¡Charlie! —gritó.

No obtuvo respuesta. Pero oyó un par de pisadas en la escalera y el rebote de algo duro contra los peldaños: una pistola. Luego, otra cosa, algo, rebotó también en los peldaños, hasta llegar al final del tramo.

Y acto seguido la voz de Charlie Sinclair, todavía a ras del suelo.

—¿Glenn? —llamaba.

—No, no… Sólo escúchame, no hables. No hay tiempo. Debéis intervenir ya, pero con cautela. Avisa al jefe, que envíe más muchachos si sois menos de cinco o seis por los alrededores. Dentro de unos minutos van a llegar unos cuantos asesinos de la DLS. Quiero que les paréis los pies. Eso es todo.

—En la casa quedamos muy pocos vivos. Yo me encargo de eso. Pero detener a todo aquel que salga. Ah, Ophelia Gold no pudo salir, pero está bien, conmigo. Estad atentos, Glenn. Te volveré a llamar cuando lo de casa esté completamente solucionado. Vosotros dedicaos exclusivamente al exterior. Es todo.

—¡Charlie! —llamó Ophelia.

—Un momento, cariñito. Tengo algo más importante que hacer arriba.

# CAPÍTULO XVIII

Sinclair apareció cautelosamente en la cocina, pero pronto comprendió que sus precauciones eran innecesarias. El silencio era completo, absoluto, en la casa.

Salió de la cocina, recorrió el pasillo y apareció en el vestíbulo amplísimo. Se detuvo en seco al ver a Carla Bonetti apoyada de bruces en la puerta principal, en pie… Tenía la espalda completamente llena de sangre, y la tela se pegaba a la carne en no menos de cuatro o cinco puntos.

Fue hacia ella, y lo primero que hizo fue quitarle su pistola, que pendía de los crispados dedos femeninos. La guardó en un bolsillo del pijama, junto con la diminuta radio. Luego, asió a Carla Bonetti por los hombros y le dio la vuelta, encarándola a él… Los grandes y bellos ojos de la italiana quedaron ante los suyos, muy abiertos, brillantes como cristal, impávidos. Sólo un instante. Luego, la cabeza de Carla cayó blandamente sobre el pecho, con un trágico y breve balanceo.

Impasible, Sinclair la depositó en el suelo, alejada de la puerta.

Y entonces vio a Warren McManus. Es decir, vio sus pies, detrás de un mueble… Fue hacia allí, se inclinó y le dio la vuelta al cuerpo. Warren McManus gimió quedamente, y sus ojos parpadearon, con fuerza, para quedar finalmente fijos en los de Sinclair.

—Sin… Sinclair… Carla pudo… dispararme… Pero yo también… también la… la cacé…

—Lo he visto, McManus. Ella está muerta.

—Se lo… merecía… Sinclair, yo voy… voy ahora a reunirme con… con los ángeles, y le…

—Lo dudo, McManus. Usted sólo puede reunirse con los

demonios.

—No… No… Yo me refiero… a mis hijas… Ellas eran… eran ángeles, no merecían… morir como… como murieron…

—Oí hablar de sus hijas, McManus. Y si se refiere a esa clase de ángeles, le deseo que los encuentre. Sólo espero que sepa encajar la acusación.

—¿Qué… qué acusación…?

—Ellas murieron por culpa de usted.

—¡Fue… Carla quien…!

—Usted. Usted, Carla, la DLS, unos cuantos asesinos… Todos fueron culpables. Estoy seguro de que nadie habría ametrallado a sus hijas si usted hubiese sido una persona honrada.

McManus crispó fuertemente el rostro. Su mano derecha se alzó, para sujetar a Sinclair por el pijama.

—Sinclair, yo… yo he jugado limpio… con usted, ¿no es… cierto?

—Bastante limpio —admitió el novelista.

—Le di el dinero, no le… molesté hasta… hasta que usted se puso pesado… He jugado limpio con usted… Ahora… ahora usted va a tener… que jugar limpio conmigo, Sinclair…

—¿A qué se refiere?

—Al libro… Publíquelo… Quiero que lo publique…, que hunda a la DLS com… completamente…

Una dura mueca apareció en el rostro de Sinclair.

—Puede estar completamente seguro de eso, McManus: se lo juro.

—Gracias… Usted… es un buen… un buen muchacho, muy… muy simpático y… y astuto…

—Muy amable, McManus. ¿Qué hacemos con el título?

—¿El… el título…?

—El del libro. ¿Lo titularemos *Salud, Dinero… y Amor*, o *Salud, Dinero… y Dolor…*? McManus… ¡McManus!

Warren McManus ya no podría contestarle. Sinclair cerró sus ojos, lentamente. Luego, se puso en pie, sin dejar de mirar el cadáver.

—Incluso muerto has dado la respuesta, Warren McManus: definitivamente, el libro se titulará *Salud, Dinero… y Dolor.*

# CAPÍTULO XIX

La luz se hizo de nuevo en la bodega, cuando Sinclair acabó de colocar la bombilla nueva. Bajó del taburete y se quedó mirando a Lee Bascomb, también muerto a causa de la mala puntería de Jerry Morton. Un feo espectáculo el de los dos cadáveres atados a sendos barriles.

Rodeó éstos y apareció ante Ophelia Gold, que lo miraba con ojos desorbitados, todavía atada, muy pálida.

—Hola —sonrió Sinclair—. ¿Cómo va la vida?

—Quiero… quiero que me saque de aquí…

—Desde luego, amorcito.

La desató, deshaciendo nudos y rompiendo trozos de cuerdas, a tirones, como si sus dedos fuesen tenazas. Luego, ayudó a Ophelia a ponerse en pie y le pasó un brazo por los hombros, amistosamente.

—¿Te encuentras bien?

—Usted… usted me puso aquí detrás… Me salvó la vida…

—Soy así de generoso, incluso con las personas antipáticas. Supongo que esto merece una… compensación, ¿no es cierto?

—Sí —tembló una sonrisa en los labios de Ophelia—. ¡Sí!

Cerró los ojos y giró hasta apoyarse en el pecho de Sinclair. Pero los abrió bruscamente al oír:

—Magnífico. Como compensación, ayúdame a recoger las páginas que escribimos, ¿quieres?

Se apartó de ella, dejándola tambaleante, y fue a la parte delantera de la bodega. Todo el suelo estaba lleno de hojas mecanografiadas, muchas de ellas pisoteadas, y unas pocas con manchitas de sangre.

—Muy adecuado… —murmuró Sinclair—. Muy adecuado. Con esto, la Delictual Limited Society no va a durar ni una semana…

¿Qué estás esperando tú, encanto? ¡Ayúdame!

—Sí… ¡En seguida!

Estaban recogiendo las hojas cuando llegaron hasta ellos algunos disparos. Ophelia alzó la cabeza y miró sobresaltada a Sinclair, pero éste, que había demostrado tener un oído muy fino, parecía no haber oído nada.

—Son… son disparos…

—No creo. Seguramente es una fiesta pirotécnica: cohetes, y cosas así.

—Deben… deben ser los hombres que Carla dijo que vendrían…

—Quizá sí. Pero no te preocupes por ellos: deben estar pasándolo francamente mal. Acabemos esto.

Acabaron en pocos segundos más. Entonces, Sinclair sacó la pequeña radio del bolsillo del pijama y la accionó.

—¿Stan?

—¿Dónde estás?

—En la bodega. Si te das prisa, aún podrás beber vino directamente de una cuba.

Además de darse prisa, el agente especial del FBI Stanley Wallon debía estar muy cerca ya de la cocina, porque apareció antes de diez segundos en lo alto del tramo de escalones.

—¡Glenn!

—Hola… —Agitó Sinclair el mazo de folios—. ¿Cómo ha ido por ahí fuera?

—Un muerto, dos heridos, y los demás detenidos.

—Los *gangsters* de ahora no valen gran cosa… ¿Y de los nuestros?

—Nada. Un rasponazo en un brazo a Mike. Dos días de vacaciones.

—Mike siempre fue afortunado. Bueno, subiré a vestirme y me iré a la Delegación, con estas páginas, que valen un horror… y muchos dólares. Nos veremos allí, Stan.

—De acuerdo, Glenn.

Ophelia asió a Sinclair por una manga del pijama.

—¿Y… y yo…?

—¿Usted, señorita Gold? —dijo Sinclair, indiferente—. Bueno, no sé qué decirle, la verdad. Desde luego, por mi parte, ya no la necesito. Buenas noches.

# Este es el Final

—¡Oh!

Y después de esta tonta exclamación, Ophelia Gold se quedó sin saber qué más hacer, sujetando la puerta. Al otro lado de ésta, en el diminuto porche de la casa de Charlie Sinclair, estaba el atleta bronceado ahora en traje de calle, correctísimo, formidable, arrolladoramente viril.

—Quisiera ver al señor Sinclair —dijo Sinclair, sonriendo con indiferencia—. ¿Puedo?

—Oh, sí… ¡Sí, desde luego! ¡Pase!

—Muchas gracias.

El atleta entró, llevando un gran portafolios de piel. Fue introducido en el gran despacho del novelista, donde éste, envuelto en su barba, esperaba con impaciencia.

—Buenas tardes, señor Sinclair —saludó el recién llegado—. Me imagino que me estaba esperando.

—Pues no sé si a usted o a otro, pero esperaba… el portafolios.

El recién llegado asintió con la cabeza. Colocó el portafolios sobre una mesita, lo abrió, y comenzó a sacar fajos de billetes. Acabó, cerró el portafolios y señaló el dinero.

—Cien mil dólares, señor Sinclair. Los que McManus pagó. Como puede observar, el FBI cumple siempre sus tratos.

El novelista había entornado los ojos y miraba astutamente a su visitante.

—Pero usted no parece muy conforme con ello, amigo —musitó.

—Como le dije a su antipática secretaria, admiro la perspicacia de los novelistas… En efecto, no estoy de acuerdo con que usted se

quede con este dinero.

—¿Se le ocurre algún destino mejor para los cien mil dólares?

—Personalmente, sí. Pero un trato del FBI con un particular es siempre respetado.

—Hablemos de persona a persona —sonrió el barbudo novelista—. A fin de cuentas, usted ha estado algunos días usando mi nombre y mi personalidad, y me gustaría conocerlo… un poco mejor. ¿Qué haría usted con el dinero?

—Lo regalaría a las familias del mayordomo y la doncella de Carla Bonetti. Supongo que su secretaria le habrá puesto al corriente de lo sucedido, y…

—Lo sé todo, desde luego. Precisamente, ayer empezamos Ophelia y yo a trabajar en una novela con ese feroz argumento.

—Espléndido —sonrió secamente el visitante—. Sólo que cuando esa novela sea publicada, ya no quedará ni rastro de la DLS.

—No importa. Sé que el libro se venderá… Se venderá tan bien, señor mío, que estoy pensando si realmente necesito estos cien mil dólares que usted ha traído —el auténtico Sinclair volvió a meter el dinero en el portafolios, lo tendió a su visitante y sonrió con toda la barba—. Con mis condolencias a las familias de las víctimas.

—Usted es un gran tipo, Sinclair. Un tipo raro, pero grande. Me gustaría que fuésemos amigos.

—Somos más que eso —rió el novelista—. ¡Casi hermanos gemelos!

—Sólo que a mí no me gusta la barba —rió también el otro, tendiendo su mano—. Hasta la vista, amigo Charlie.

Dio la vuelta y se tropezó con Ophelia Gold, que le cerraba el paso.

—Bésame —susurró ella, cerrando los ojos.

—A la orden, señorita Gold.

El visitante dejó el portafolios en manos del novelista, abrazó en serio a la preciosa rubita y le regaló un beso de concurso, que hizo silbar finalmente al auténtico Charlie Sinclair.

—¡Fuiiuuu…! ¡Descansad unos segundos, muchachos!

Descansaron. El visitante recogió el portafolios y Ophelia recogió su bolsito, colocándose a su lado.

—Adiós, Charlie —dijo.

—¿Cómo? —aulló el barbudo—. ¿Qué quiere decir «adiós»?

—Quiere decir que esta vez no pienso dejar escapar a mi querido sinvergüenza. Me voy con él.

—Pe… pero… ¡Estamos escribiendo una novela, trabajando…!

—Tómate unas vacaciones… o búscate otra secretaria.

—Pero, Ophelia… ¡Oh, maldita sea, esto es una cochinada del FBI! ¡Me requisan cien mil dólares y encima se llevan a mi secretaria! —apuntó al visitante, que sonreía—. ¡Te demandaré, traidor!

—Ya será tarde —aseguró Ophelia—, porque estaremos en luna de miel… ¿Verdad, Glenn… Glen…? Oh, ni siquiera sé tu nombre completo.

—Porque nunca lo preguntaste —la besó en la nariz—: Glenn Bannon, agente especial del FBI. A tus pies, amor mío.

FIN

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.**



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…